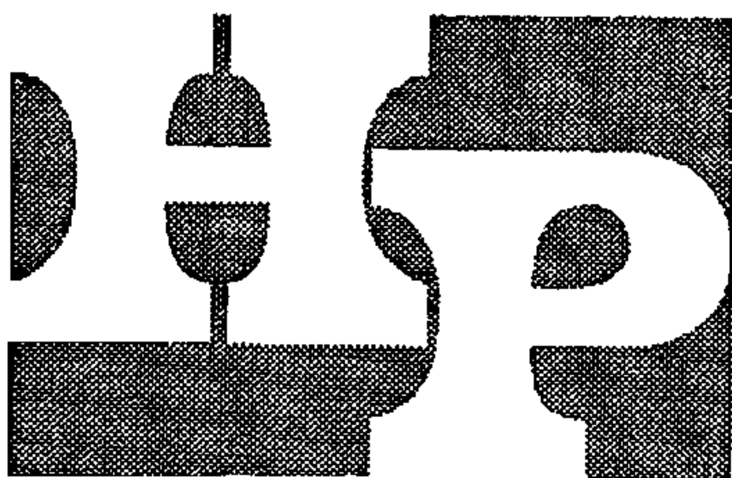


Silver Kane

El valle de los antepasados





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL VALLE DE LOS ANTEPASADOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 403
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 26216-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, setiembre, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Atacad! ¡Disparad todos! ¡Vamos, muchachos! ¡Que no pasen!

Las voces resonaban aún en el cerebro de Lester. Era como si otra vez se encontrara en mitad del combate, enarbolando la bandera del Norte, mientras los confederados atacaban rabiosamente, en sucesivas oleadas.

—¡La artillería ya no nos puede apoyar! ¡Tenemos el enemigo demasiado cerca! ¡Ahora todo depende de nosotros! ¡Vamos, muchachos! ¡A la bayoneta! ¡A ellos!

Su propia voz le hacía daño. Lester se apretó los oídos con las manos, atormentado por los recuerdos.

Veía aquel jinete que avanzaba llevando la bandera sudista. Era el más valiente de todos, el que se les echaba materialmente encima sin miedo a la muerte. Y Lester oyó de nuevo su propia voz:

—¡No pasarás, condenado!

Disparaba y veía al jinete caer. Y entonces distinguía bien su cara. Y de repente un estremecimiento de frío, de horror, de miedo, le recorría por entero.

Lester sentía que se ahogaba.

De pronto despertó.

Aún le parecía estar viendo al jinete caer, apenas a veinte yardas de distancia.

Y aún le parecía oír su propia voz, que —no sabía por qué—, le daba miedo.

Abrió los ojos.

Con las manos aún tapándose los oídos, miró atónito en torno suyo. Vio que estaba vestido, tendido en una cama, y en una habitación desconocida. Un rayo de luz mortecina se filtraba por la única ventana. Lester se dio cuenta instantáneamente de que no

llevaba revólver.

Lanzó un gemido. Él mismo no se dio cuenta, pero aquel gemido debió oírse más allá de la puerta.

Ésta se abrió.

Un hombre que vestía de negro, pero que por un contraste llevaba una bata blanca, entró presurosamente.

—Lester…

Lester tragó saliva penosamente.

—¿Dónde estoy?

—Está usted en mi clínica. Soy el doctor Baxter.

Lester empezaba a recobrar un poco el sentido de la realidad. Notó que un sudor helado resbalaba por sus facciones.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució.

—Nada de importancia. Parece que tenía usted un mal sueño, y por eso he entrado.

—Sí… Un mal sueño.

—¿Cómo se siente ahora?

—Bien… Los efectos de la pesadilla ya han pasado… ¿Pero qué ha sucedido antes? ¿Por qué estoy aquí?

—¿No lo recuerda?

—La verdad es que no.

—Hace poco se estaba usted desafiando en plena calle con dos hombres. Ha acabado con ellos.

Lester volvió a cerrar los ojos, mientras la escena volvía a su memoria, ahora con absoluta nitidez. Veía la calle achicharrada por el sol. Veía las sombras de sus dos enemigos, que le esperaban con las piernas arqueadas y los brazos tensos. Oía de repente la voz que separaba la vida de la muerte y que podía decidirle en fracciones de segundo:

—¡Ahora!

Aún le parecía sentir el calor de la culata en la derecha. Y aún le parecía ver las dos sombras caer casi a la vez, mientras las recorría un mismo calambre.

Abrió los ojos.

Vio entonces que tenía un brazo vendado, razón por la cual debían haberle traído a la clínica del doctor Baxter.

—Una bala le ha rozado —murmuró éste—. En realidad no había motivo para alarmarse, pero si no le llegamos a atender se

hubiera desangrado. Por eso le he hecho traer enseguida aquí.

—¿He perdido el conocimiento?

—Claro…

Lester se tocó maquinalmente la placa de *sheriff*, que llevaba prendida en la camisa.

—¿Y el resto de la banda? —murmuró—. ¿Han huido?

—Sí. Al ver que morían los dos jefes, no han querido más líos. Ha dejado usted limpia la ciudad en un momento, muchacho.

Lester fue a incorporarse, pero el médico no se lo permitió.

—Tendrá que descansar un día entero. La herida podría producirle fiebre muy alta.

—Pero es que…

—No se preocupe por lo que ocurra en la ciudad. Monterrey ha quedado limpio de forajidos por una temporada. Sus ayudantes mantienen el orden, *sheriff*. De modo que descanse…

Lester dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Se sentía terriblemente agotado, pero él sabía que no era por la pelea ni por la tensión nerviosa que la precedió. Lester sabía que era por el sueño que había tenido. Por la maldita pesadilla.

El médico murmuró:

—Tiene visita.

—¿Quién viene…?

—Nada menos que el gobernador de California.

Lester alzó de nuevo la cabeza, asombrado.

—¿El gobernador? ¿Y quiere verme a mí?

—Parece que tiene un enorme interés en hablarle. Por eso le dejo entrar.

Sin esperar nuevas aclaraciones, alguien empujó la puerta desde el exterior. Un hombre alto, grueso, magníficamente vestido, penetró en la habitación. Era de media edad, y unos gruesos bigotes le caían sobre la comisura de los labios.

—Hola, Lester —murmuró—. Quería verle, y precisamente, por casualidad, he visto cómo limpiaban la ciudad de forajidos en media hora. Eso me ha hecho convencerme aún más de que es usted el hombre al que estaba buscando.

—¿Buscando para qué?

El gobernador se atusó el bigote.

—¿Qué sabe usted hacer, Lester? —preguntó, mirándole

fijamente.

—Pues…

—Dígalo, hombre. ¿Para qué gastar remilgos?

—Sé matar —dijo Lester sombríamente.

—Pues para eso lo buscaba —murmuró el gobernador—. Hay una cuestión que sólo podrá resolverse a tiros de revólver…

Lester se palpó el brazo herido, que ya empezaba a recuperarse normalmente.

Habían transcurrido dos días desde que el gobernador de California le visitó. Y ahora volvían a estar juntos, pero en otro lugar. Estaban cerca del cementerio de Monterrey, hablando en un camino solitario, donde nadie podía oírles.

El gobernador murmuró:

—Quizá le extrañe que entre todos los *sheriffs* de California le haya elegido a usted, Lester. Y quizá le extrañe más aún que sea para mandarle a un lugar fuera de mi jurisdicción: a Texas.

Lester parpadeó.

—Usted no tiene autoridad fuera de los límites de este Estado —dijo—. ¿A qué viene hablar de Texas ahora?

—Porque usted es tejano, Lester.

—¿Y qué?

—Verá… Usted lleva aquí seis meses. Justo desde que terminó la guerra civil.

—Es cierto.

—En seis meses ha conseguido una gran fama. Se le considera quizá al mejor tirador de California.

—No puedo opinar sobre eso —dijo Lester.

—Recientemente, en Washington, me plantearon el problema que tienen en el Sur. Hay algunos lugares de Texas donde aún sigue encendida la guerra civil. Los antiguos confederados han formado cuadrillas de forajidos que se dedican al bandidaje y al saqueo, además de al asesinato. Dicen que siguen siendo soldados, pero la verdad es muy distinta. Ahora son vulgares bandoleros.

—La derrota es muy amarga —se limitó a contestar Lester—. Y cuesta aceptarla.

—Cierto… Y usted lo comprende mejor porque es nacido en el Sur. ¿Pero entonces por qué luchó con nosotros? Por qué ¿peleó al lado de los del Norte?

Lester se encogió de hombros.

—Siempre he creído que eran los del Norte los que tenían la razón.

—¿Pensó eso a pesar de ser un rico hacendado? ¿A pesar de ser un gran terrateniente?

Lester chascó dos dedos, sonriendo con tristeza.

—Precisamente conozco el Sur porque mis padres tenían enormes extensiones de tierra. Porque he visto trabajar a los esclavos y las condiciones inhumanas en que vivían. Por eso me fui de casa; no podía soportarlo más. Y por eso me uní a los del Norte apenas empezó la guerra.

El gobernador se puso un cigarro entre los labios y lo encendió lentamente, sin dejar de mirarle.

—En Washington me pidieron un hombre que fuera capaz de todo y que conociera bien el Sur —dijo, desviando un poco la conversación—. Mejor dicho, que conociera perfectamente la parte este de Texas. Yo pensé enseguida en usted, Lester, y di su nombre. Creo que no me he equivocado.

—¿Qué pretende el gobierno de mí? —murmuró Lester.

—La otra tarde no se lo expliqué con detalle porque me di cuenta de que empezaba a tener fiebre. Pero ahora se lo diré: quieren que destruya una de las bandas, la más poderosa, de las que continúan allí por su cuenta la guerra civil.

Lester parpadeó.

—¿Una banda?

—Usted se ha enfrentado a muchas. Ése es un trabajo que no debe parecerle nuevo.

—Depende de cuántos hombres la formen. ¿Qué gente es la que compone esa banda?

El gobernador dijo sombríamente, mirando al vacío:

—Se va a sorprender. Porque esa banda es la más poderosa y sin embargo, la más pequeña que existe. La forman un hombre y una mujer solamente.

Lester extrajo la botella-petaca de *whisky* que llevaba siempre en uno de los bolsillos de su pantalón, y bebió un largo trago. El gobernador, sin ceremonias, le dijo al terminar:

—Deme.

Se atizó un trago él también. Luego emitió una especie de

ronquido.

—Es bueno —dijo—. El mejor *whisky* que he probado en mucho tiempo. A mí, ¿sabe?, siempre me dan bebidas demasiado finas, que en el fondo me fastidian.

Se volvió a poner el cigarro entre los labios y murmuró:

—Sí… Un hombre y una mujer. Son temibles, y han matado ya a mucha gente. Hasta ahora no hay quien pueda con ellos. ¿Sabe cómo se llaman?

El gobernador volvía a mirarle fijamente.

—No. Sí usted no me lo dice…

—Beba otro trago, Lester.

—¿Por qué?

—Se llaman Bob y Stella Lester.

El joven *sheriff* sintió como un mazazo en el cráneo. Sintió que las rodillas se le doblaban materialmente.

Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para balbucir:

—Mis hermanos…

—Ya le he dicho que bebiera otro trago, Lester.

El *sheriff* no bebió. Por el contrario, se sintió acometido de un súbito furor. Sujetó al gobernador por las solapas de su levita, zarandeándolo casi.

—¿Está loco? —masculló—. ¿Pretende que mate a mis hermanos? ¿Por quién me ha tomado? ¡Ya puede decir a los gerifaltes de Washington que se vayan todos al infierno en fila india!

El gobernador dejó tranquilamente que pasara aquel momento de furor. Sin duda ya esperaba que el joven *sheriff* reaccionara así.

Luego le retiró lentamente las manos de las solapas.

—Óigame, Lester. Preste atención.

—¡No tengo que oír nada! ¡Si vuelve a decir otra palabra, no respondo de mis actos, gobernador! ¡Elija a otro para eso!

El gobernador dijo fríamente:

—Muy bien: elegiré a otro.

—¿Que… qué ha dicho?

—Lo que acaba de oír: enviaré a otro para que los mate.

—No… no se atreverá a…

—¿Quiere que tengan una oportunidad de salvación?

—¡Pues claro que sí! ¡No deseo otra cosa!

—¿Y para qué cree entonces que he pensado enviarle a usted, Lester?

El joven sintió que una especie de niebla le iba envolviendo lentamente.

Veía mal. Tenía la sensación de que otra vez volvía a él la fiebre.

Pero no era así. Simplemente estaba aturdido por lo que acababa de oír. Dijo con un soplo de voz:

—Usted ha hablado de matar…

—Sólo si no hay otro remedio.

—A ver, explíquese.

—Sus dos hermanos, Bob y Stella, son muy populares allí, a lo que parece. No quiero, por tanto, que se les mate sin darles una oportunidad; no quiero más rebeliones, sino todo lo contrario; mejor dicho, es el Gobierno el que está decidido a seguir esa política. Tal es la razón de que pretendamos que Bob y Stella Lester se rindan y se sometan a un juicio imparcial, donde se aclare todo. Si no aceptaran… entonces el revólver tendría la última palabra, Lester.

Y añadió suavemente:

—Diga lo que usted diga, alguien hará ese trabajo. Y puede que, si enviamos a otro, ese otro haga funcionar el revólver demasiado pronto, Lester. Que apriete el gatillo antes de haber agotado todas las posibilidades pacíficas. Creo que con usted no se correría ese peligro.

Lester había hundido la cabeza sobre el pecho.

Sus facciones estaban lívidas.

—¿Qué le pasa, Lester? ¿No cree que, dentro de la triste situación, ésa sea la única salida?

—Sí. Lo creo.

—¿Entonces por qué está así?

—Es extraño, gobernador.

—¿Qué le parece tan extraño?

—Poco antes de que usted viniera, cuando yo acababa de ser herido y estaba aún sin conocimiento, tuve una pesadilla.

—¿Qué clase de pesadilla?

—Recordaba una de las muchas batallas en que participé durante la guerra. Era la defensa de una posición que asediaban por todas partes. Los del Sur atacaban en oleadas cada vez más espesas.

Caían como moscas… Y nosotros también. Éramos ya muy pocos. De pronto un oficial sudista se lanzó al ataque, al frente de sus hombres, mandando la última oleada. Llevaba la bandera de la Confederación. Las balas silbaban por todas partes, pero a él no le importaba la muerte. De pronto yo… yo le alcancé con un disparo. Y al verle caer… me di cuenta de que era mi hermano Bob. Le vi la cara… En ese momento desperté. Fue una de las sensaciones más horribles que he tenido en mi vida.

El gobernador apretó los labios, donde aún sostenía el cigarro.

—Supongo que fue solo una pesadilla —farfulló.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Yo he sido herido dos veces durante la guerra, y una de ellas en la batalla de que le hablo. O sea que la batalla no es un sueño, sino que ocurrió realmente. Cuando recobré el conocimiento, después de ser herido, no me acordaba absolutamente de nada. Poco a poco me fui recuperando, pero siempre me ha quedado la duda de si aquel jinete era mi hermano o no. De si realmente fui yo quien le alcancé con mi bala.

—No debió alcanzarle, puesto que su hermano vive.

—Pero puede tener la cicatriz de la bala.

—Cierto…

—¿No mandó un regimiento sudista durante la guerra?

—En efecto, y era un regimiento muy nombrado. En todas partes se le consideraba temible.

—Entonces aquello no… no debió ser un sueño.

El gobernador exhaló una bocanada de humo.

—En todo caso pronto lo comprobará, amigo.

—¿Qué quiere decir?

—Que si va a Texas verá a su hermano. Claro que lo verá. Y podrá convencerse de todo eso. Pero antes conviene que les eche un vistazo.

—¿Echar un vistazo? ¿A quiénes?

—A sus hermanos, demonio. ¿Cuánto hace que no los ve?

—Pues… cinco años.

—En cinco años la gente cambia, sobre todo si es muy joven. No quiero exponerme a que no los conozca. Mire.

Y extrajo dos fotografías, obtenidas por el procedimiento de

Daguerre, que entonces era el único en uso. Cada una de aquellas fotos reproducía un rostro. Eran un hombre y una mujer, ambos jóvenes. El hombre tenía unas facciones, enérgicas y duras; la mujer, en cambio, era de soberana belleza, aunque no tenía aspecto de muñequita frágil. Su belleza era sana, agresiva, casi salvaje. Bastaba mirarla a los ojos para adivinar que se trataba de una tigresa por domar.

Lester contempló aquellas fotografías largo rato.

Los recuerdos no acababan de volver a él. Todo era brumoso, oscuro, lejano en su mente.

—Bob no llevaba antes bigote —musitó.

—Es verdad. Se lo ha dejado hace unos meses.

—Tienes las facciones más duras, más… recias.

—Diga mejor más salvajes. Porque eso es lo que Bob es ahora. No nos hagamos ilusiones.

Señaló a la chica.

—Y ella es una belleza, ¿eh?

—Veo que Stella ha cambiado mucho.

—¿Qué edad tenía cuando usted se fue?

—Catorce años.

—Y ahora es una princesita de diecinueve. Claro… Cinco años transforman una niña más o menos tímida en una señora de campeonato. Por eso he querido enseñarle las fotos. He tenido miedo de que no los recordara, después de tanto tiempo y de haber sufrido dos graves crisis de memoria, a causa de las heridas.

Lester contempló aquellas dos cartulinas con una extraña emoción, mientras se le humedecían los ojos. Creía recordar unas canciones muy lejanas, las canciones de su niñez allá en la tierra de Texas. ¿Qué cantaba su hermana Stella? Ah, sí… Era una canción muy sencilla: «Unidos siempre unidos… Los tres hermanos cara al mañana… Unidos, siempre unidos… En la tierra que nos vio nacer…».

Lester apretó los labios, mientras una especie de sollozo le ahogaba.

«Unidos, siempre unidos…». ¡Dios santo! ¿En qué había parado aquello?

Durante cuatro años de guerra estuvieron en trincheras opuestas, hasta que la paz llegó. ¿La paz? ¿Qué paz era aquélla?

¿No estaban ahora más distanciados que nunca; expuestos a matarse unos a otros? ¿No tenía él la orden de apretar el gatillo, si las palabras fallaban?

Musitó con un soplo de voz:

—¿Puedo guardar estas fotografías?

—Claro que sí. Para usted las he traído. Quizá le eviten alguna confusión que podría resultarle fatal.

Lester las guardó en uno de los bolsillos de su camisa.

—Gracias.

—Póngase en camino inmediatamente. Conserva el cargo de *sheriff*, pero en la misión que se le ha confiado actuará como un agente federal.

—¿No llevo documentos?

—No hace falta. El vicegobernador de Texas, Stanley, responde por usted. A él deberá informarle en todo momento. Constituye el enlace entre usted y el gobierno de Estados Unidos.

Le tendió un grueso fajo de billetes.

—Aquí hay mil quinientos dólares —dijo—. Son para gastos de viaje, pero aparte de eso tendrá un sueldo especial por lo que va a hacer y, desde luego, grandes perspectivas de ascenso. Si necesita más dinero, no vacile en pedírselo a Stanley.

Le tendió la mano.

—Ya está todo dicho. Ahora sólo me resta desearle buena suerte. Recuerde que debe conseguir la rendición de Bob y Stella Lester; nosotros garantizamos un juicio imparcial. Pero si eso falla, emplee los gatillos. Otra cosa: estará usted solo. Nadie le va a ayudar.

Lester estrechó la mano que el otro le tendía.

Y le pareció helada.

Le pareció la mano de la muerte.

Con las facciones todavía muy pálidas, volvió poco a poco la espalda.

Capítulo II

Lester contempló desde lo alto de la colina el valle que durante generaciones enteras fue propiedad de su familia. El valle donde yacían sus antepasados, donde los Lester nacieron, trabajaron y al fin se dejaron la piel.

Aquel valle que resumía su niñez, sus recuerdos, sus afectos ya casi perdidos en las brumas del tiempo.

A veces a Lester le parecía mentira tener veintiséis años solamente.

Había vivido tanto, que en muchos momentos tenía la sensación de ser un viejo.

Se pasó lentamente la mano por la boca, mientras recordaba todo aquello.

Conocía cada surco, la colocación de cada árbol, de cada pared. ¡Casi la de cada piedra! Y sobre todo conocía la vieja y orgullosa casa del Sur, que estaba en el fondo del valle.

Pero todo aquello había cambiado mucho.

Los campos estaban mal cultivados. Todas aquellas inmensas extensiones, delicadas antaño al cultivo del algodón, recordaban las de la vecina Alabama, pero en estos momentos no se veía a nadie que cuidara de nada.

Lo que los ojos mostraban no era más que una pura ruina.

«La guerra ha pasado por aquí —pensó Lester—. Y además, ahora ya no hay quien cultive esto».

Con tal pensamiento disculpó el estado en que todo aquello se encontraba.

Luego siguió avanzando.

Cuando pudo ver de cerca la vieja casa de su familia, sintió de nuevo que se le encogía el corazón. La casa seguía siendo

magnífica, y el alto y orgulloso porche de columnas blancas se mantenía igual. Pero esas columnas ya estaban sucias, puesto que nadie las había pintado en muchos años. Y una pequeña parte de la casa se hallaba destruida a cañonazos, sin que nadie se hubiera ocupado de repararla.

Algunas habitaciones mostraban sus interiores, a través de los impactos que las enormes balas habían hecho en los muros.

Lester se volvió a pasar la mano por la boca.

Aquello era muy triste, casi angustioso. Era como si parte de su vida hubiera sido destruida, al ser destruido también parte de la casa.

Hizo girar su caballo y avanzó un poco más.

Las tierras que pisaba eran de su familia, pero en cambio nunca fueron ni serían suyas. Su padre, un fanático sudista, le desheredó cuando él se marchó de la casa, indignado por el trato que los esclavos recibían. Los herederos, entonces, tenían que ser Bob y Stella, pero ambos eran unos perseguidos. Entonces, ¿a quién pertenecía aquello, al menos de momento?

Pronto lo vio.

Al llegar a un sendero que llevaba a la casa en línea recta, distinguió el cartel que advertía:

PROHIBIDO EL PASO
RESIDENCIA PROVISIONAL DEL GENERAL MILLER ZONA
MILITAR

Lester arrugó el ceño.

Había oído hablar de grandes propiedades requisadas por algunos militares nordistas, que no se habían distinguido precisamente por tener escrúpulos. Pero no sospechaba que la de sus padres fuera una de ellas. Por lo visto un tal general Miller la había escogido como su residencia provisional, algo así como su finca campestre, o de recreo. Ahora no debía estar allí, porque no se veían centinelas por ninguna parte.

Bien… ¿Qué se le iba a hacer? Era el precio de la derrota para algunas gentes del Sur. Tendría que resignarse.

Quizá más adelante se iría arreglando todo.

Y entonces vio algo que le heló la sangre en las venas. Algo que le hizo lanzar un grito de horror.

Lo primero que notó fue el hedor. Y enseguida, que su caballo se negaba a seguir.

A continuación, un brusco aleteo de varios pajarracos que huían.

Las alas negras casi le tocaron. Lanzó una salvaje imprecación.

Todos los cuervos que habían estado posados en el cadáver emprendieron la huida ante la llegada del intruso. El caballo relinchó.

Lester había visto a muchos hombres ahorcados, y como *sheriff* de una población importante había tenido que asistir a la ejecución de más de media docena. Pero ninguno que llevara tanto tiempo en la cuerda como aquél. Ni que hubiera sido tan destrozado por las alimañas. Pese a su costumbre de tratar con la muerte, Lester sintió una náusea.

Podía intuirse que el cadáver era el de un hombre joven. Llevaba aún una vieja guerrera del Sur. Y sobre el pecho un cartel que decía:

AHORCADO POR ROBAR EN LAS PROPIEDADES DEL GENERAL MILLER

Lester volvió a arrugar el ceño.

¿Aquélla era la justicia que aplicaba el tal general Miller? ¿Y de qué propiedades hablaba? ¿De las que se había quedado por las buenas, sin más derecho que su espada y su uniforme?

Lester pensó que éste era un asunto que también debería resolver, aunque lo primero eran sus hermanos.

Fue a cortar con su cuchillo la soga de la cual pendía el ahorcado, pensando enterrarlo.

Y en aquel momento una voz dijo a su espalda:

—Yo me estaría quieto, forastero.

Lester no se volvió.

Sabía que el que hablaba así debía estar apuntándole. Detuvo el cuchillo en el aire.

—Sólo quería enterrar a este hombre —dijo—. No es humano dejarlo así.

—Pues lo han puesto para dar ejemplo.

—Lo que no deja de ser una salvajada.

—Seguramente…

—¿Quiénes son ustedes? ¿Centinelas del general Miller?

Lester preguntó esto porque ya había notado que eran varios los que estaban tras él. El ruido de pisadas les delataba. Y entonces oyó aquella estruendosa carcajada burlona que le crispó los nervios.

—¡Centinelas del general Miller! —dijo la misma voz de antes—. ¡Vaya, hombre! ¡Lo que faltaba! ¡Tiene gracia…!

Lester se volvió entonces, dándose cuenta de que aquello no era lo que había supuesto.

Y entonces advirtió, con asombro, que eran seis hombres armados los que estaban tras él. Mejor dicho, siete, pero el séptimo, además de no llevar armas, contaba muy poco. Llevaba uniforme nordista, con las insignias de sargento, y parecía materialmente destrozado. Sus manos estaban atadas a la espalda. En cambio los seis que le rodeaban llevaban excelentes rifles y revólveres, y aunque sus pantalones y sus sombreros eran tejanos, la mayor parte de ellos conservaban sus uniformes e insignias sudistas.

Era exactamente lo que le habían dicho: como si la guerra no hubiera terminado.

El asombro se dibujaba en su rostro. Normalmente Lester era uno de esos tipos impasibles cuya cara parece tallada en piedra, pero ahora no podía evitar que las emociones asomaran a él. Habían ocurrido demasiadas cosas en pocos minutos.

Uno de aquellos sudistas, el que le había apuntado, llevaba insignia de teniente.

—¿Quién eres, forastero? —preguntó.

—Sólo eso: un forastero.

—¿Vas de paso?

—Pues… sí.

—¿Sabes quiénes somos?

—He oído decir que opera una banda por aquí —dijo él, sin comprometerse demasiado, porque las circunstancias no se lo permitían.

—Y has oído bien. Esa banda somos nosotros.

—A mí me habían informado de otro modo.

—¿En qué sentido?

—Me habían dicho que esa banda sólo la formaban un hombre y

una mujer.

—Eso era hasta hace poco. Pero ahora las cosas se han complicado, y «este hombre y esa mujer», como tú dices, necesitan gente.

—¿Estáis hablando de Bob y Stella Lester?

—Sí, claro que sí.

—Me gustaría verlos.

El ex teniente la miró con el recelo claramente pintado en su rostro. Su expresión había ido cambiando conforme avanzaba la conversación.

—Oye, tú no eres tan «forastero» como creía —dijo alzando el rifle—. Sabes demasiadas cosas.

Lester se dio cuenta de que, en efecto, tal vez había hablado con exceso para ser el primer día de su estancia allí. No le convenía morir tontamente y a manos de unos desconocidos, sin resolver nada. De modo que hizo rápidamente marcha atrás.

—Sé lo que se oye decir por la comarca —murmuró—. Y, la verdad, tenía curiosidad por conocer a esos dos hermanos.

El ex oficial seguía mirándole recelosamente.

—John, regístrale —ordenó.

Lester tembló para sus adentros, pensando que no iba a poder justificar las fotografías cuando se las encontraran encima. Y se dispuso para lo peor, para defender su vida como tantas veces había tenido que hacer.

Todos sus músculos se tensaron, prontos para la acción.

Pero el llamado John vino a salvarle involuntariamente, murmurando:

—¿A qué viene ahora tanto perder tiempo, teniente? Nunca habíamos visto a este tipo por aquí. ¿Por qué le da importancia? Y mientras tanto nos exponemos a que los de Miller nos atrapen.

El ex oficial se encogió de hombros.

—Bueno, quizá tengas razón. Y además se me ha ocurrido una cosa: ese tipo puede servirnos de testigo y contar por ahí lo que ha visto.

Todos aprobaron unánimemente.

—Cierto.

—¡Buena idea!

—¡Al grano! ¡Al grano!

Lester musitó:

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—¿No lo imaginas?

Y dieron un empujón a su prisionero.

Las facciones brutales de éste se contrajeron. Empezó a maldecir.

Un cabo de cuerda, con el lazo ya hecho, pasó por encima de la rama de un árbol.

Lester se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Sus nervios vibraron, pero nada iba a poder hacer. Tuvo que morderse los labios para no empezar a lanzar maldiciones allí mismo. Tendría que presenciar cómo ahorcaban a aquel hombre.

Inútil salvarlo. Inútil pretender conseguir alguna cosa ante seis rifles cargados.

Preguntó lo que hubiera preguntado un forastero cualquiera.

—¿Es indispensable hacer esto? ¿De qué culpáis a este hombre?

—Es uno de los esbirros de Miller.

—¿Y eso basta?

—¡Cállate de una maldita vez! ¡Tú eres forastero! ¡No entiendes nada de lo que ocurre aquí!

Y le hicieron una seña para que descendiera de su caballo, ya que los otros iban a pie.

Lester comprendió. Y tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no echarlo todo a rodar jugándose la vida a una carta.

El prisionero, que ya llevaba la soga al cuello, fue izado hasta la silla. Luego dieron varias palmadas a las ancas del animal, puesto que todos querían participar en la ejecución.

El nordista quedó colgando de la soga.

Unos segundos después, todo había terminado.

Una voz pidió:

—El cartel…

Lester vio cómo le colgaban uno del pecho, exactamente igual que al primer ahorcado, muy cerca del cual estaba. Aquel cartel, que ya traían preparado, decía:

POR USURPAR LAS TIERRAS DE LOS LESTER

¡VIVA LA CONFEDERACIÓN DEL SUR!

El joven se pasó una mano por la boca.

Demonios… De modo que todo aquello había sido hecho, en cierto modo, en nombre suyo…

Bob y Stella estaban dispuestos a todo. Si aquella escena se había repetido otras veces, ningún tribunal del mundo las perdonaría. Les enviaría a la cuerda también. Y la verdad era que Lester no veía qué procedimientos podía haber para evitarlo.

El ex teniente le preguntó:

—¿Por qué estás tan pálido?

Él lo estaba a causa de sus pensamientos, pues ya veía a sus dos hermanos condenados a muerte. Pero murmuró:

—Demasiados cadáveres.

—No. Los justos. Por cada uno de los nuestros que maten, liquidaremos a uno de los suyos. Así, los dos juntitos, componen una estampa perfecta. ¿No te parece? ¿O eres un tipo blanducho?

Lester no contestó.

Hasta que el otro, viendo sus ojos de acero, dijo lentamente:

—No, no pareces un tipo blanducho… Todo lo contrario. Tienes ojos de asesino… Pero diría que no te gusta todo esto. Si no estuviéramos en zona tan peligrosa, puede que te hiciera hablar.

—Es que los ahorcados no me gustan por parejas —dijo Lester.

—¿No? ¿Entonces cómo te gustan?

—De seis en seis.

Los sudistas lanzaron una carcajada, sin pensar que ellos eran precisamente seis. Y miraron a Lester sin ningún recelo ya; más bien con franca curiosidad.

—Explica lo que has visto —murmuró el oficial—. Cuéntalo en todas partes. Queremos que se sepa.

—Lo haré.

—Y ahora… ¡largo!

—¿Qué tratas de decir?

—Me has oído perfectamente. No quiero verte más por aquí.

—De acuerdo, pero devuélveme mi caballo.

El ex oficial sudista rió.

—Tú no lo necesitas y en cambio yo sí. Voy a quedármelo. Es una buena pieza.

Lester entrecerró los ojos.

—He dicho que me devuelvas mi caballo.

—¿Tratas de desafiarme?

—Yo no desafío a nadie. Yo sólo pido mi caballo.

—Pues gánalo con tu revólver.

El ex oficial llevaba un cinto-canana de vaquero, igual que el de Lester. A aquella distancia casi ridícula, pues no llegaba a cinco pasos, acercó su derecha a la culata.

—Gánalo… —repitió mientras se pasaba la lengua por los labios, con gesto burlón.

Los otros hombres se habían apartado.

Lester musitó:

—Sólo quiero una promesa.

—¿Cuál?

—Que tus hombres no intervendrán cuando te mate.

—¿Es que piensas matarme?

—Ésa es cuestión mía. Da la orden.

El ex oficial se lo tomó a broma.

Estaba seguro de vencer, porque era un excelente tirador y además ya tenía la mano en la culata, mientras que su enemigo no había hecho el menor gesto agresivo aún.

—No intervengáis ocurra lo que ocurra —ordenó—. Claro que lo que va a ocurrir… ¡Ya lo sabemos!

Para él, aquellas últimas palabras fueron como la señal para actuar.

Contorsionó su brazo derecho. El gesto fue fulminante, y además inesperado, casi traicionero.

Cualquiera se hubiera dejado sorprender por aquello.

El sudista lanzó un grito de triunfo, creyendo que ya estaba hecho todo. Pero de repente algo así como dos relámpagos pasaron ante él.

El primer relámpago estuvo formado por la visión de los ojos acerados de Lester.

«Tiene ojos de asesino», volvió a pensar, en fracciones de segundo.

El segundo relámpago estuvo constituido por la visión de una llamarada color naranja. No llegó a darse cuenta de que aquello era la muerte.

Cayó en silencio.

Lester había sido más rápido, cuando parecía imposible

conseguirlo, y además le había acertado en mitad de la frente.

Los restantes cinco hombres quedaron mudos, petrificados.

El silencio, después del disparo, se había hecho insoportable.

Un par de los sudistas llevaron lentamente, quizá sin darse cuenta, las manos hacia las armas. Pero el revólver de Lester giró hacia ellos.

—Creí que habíais oído la orden —murmuró.

Las manos se retiraron de las culatas.

El silencio volvió a hacerse atroz, espeso como algo que pudiera cortarse.

Lester lo rompió, diciendo:

—Os cambio un muerto por un caballo. Lleváis a vuestro jefe. Yo me llevaré mi montura.

La extraña propuesta fue aceptada sin discusión. Los cinco hombres cargaron el cadáver del que en otro tiempo fue un oficial sudista.

Lester montó de un salto sobre su caballo, que relinchó alegremente, y se alejó también.

Tenía como una espina clavada en los músculos, en el corazón, en el cerebro.

Mirara como mirase aquel asunto, siempre veía a sus hermanos condenados a muerte.

Y sabía que la tragedia no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO III

Resolvió hacer las cosas, a partir de entonces, con cierta legalidad. Y para ello tenía que ponerse en contacto con el vicegobernador Stanley.

Después de la guerra civil, como ahora, Texas era administrada desde la ciudad de Dallas. Claro que Dallas no tenía entonces, ni mucho menos, el aspecto que tiene ahora. Pero era ya, y sigue siéndolo, una ciudad sangrienta.

En la calle principal había pocos edificios de más de dos pisos. Y todos los tipos que pululaban por allí, así como el ambiente que les rodeaba, eran los de una típica ciudad del Oeste.

Se veían por todas partes uniformes azules.

Los vencedores habían establecido allí su mando militar, y de Dallas partían órdenes y destacamentos armados hacia los cuatro confines de Texas.

Aquella mañana, un vaquero más se apeó ante la puerta del edificio del Gobierno estatal. Era un hombre alto, de unos veintisiete años, con músculos y ojos de acero, a quien en otro tiempo conocieron bien por allí. Pero habían pasado más de cinco años y ya nadie le reconocía.

Lester encajó bien el revólver y se dirigió a la puerta, donde el único funcionario visible se limitaba a la importante tarea de liar cigarrillos, uno tras otro.

El joven murmuró:

—Quisiera ver al vicegobernador.

—¿Qué vicegobernador?

—Stanley.

—Pues se ha equivocado, amigo. Aquí estaba el mando civil antes de la guerra, pero ahora todo el mando lo tienen los militares.

Debe ir a aquel otro edificio frontero, donde se ve la bandera. Stanley es coronel y vicegobernador al mismo tiempo. Lo encontrará allí.

Lester se echó el sombrero sobre la nuca.

—De acuerdo, ya veo que algunas cosas han cambiado. Gracias.

El otro edificio estaba lleno de uniformes azules. Lester fue introducido sin dificultades en el despacho de Stanley, cuando dijo que le enviaba el gobernador de California.

Stanley era un hombre delgado, de ojos pequeños y vidriosos, al que enseguida se podía definir como un tipo frío y calculador. Lo cual no impedía, desde luego, que pudiera ser honrado.

Pero Lester ya no quería arriesgar nada, mientras no estuviera seguro del terreno en que ponía los pies. Y por eso decidió no dar ni su verdadero nombre.

Estrechó la mano que el otro le tendía.

—Siéntese —dijo Stanley—. Recibí un telegrama anunciándome su llegada. Usted es el primer agente especial que trato en mi vida.

—Confío que por poco tiempo.

—¿Cree que acabará pronto su misión?

—Eso no lo sé.

—¿Cómo se llama usted?

El joven no vaciló ni un momento en decir:

—Foster.

—Muy bien, Foster… Cuenta con mi ayuda. ¿Necesita algún dinero? ¿Protección?

—No, gracias. Dinero ya me lo dieron, y en cuanto a protección, sé defenderme yo mismo.

—Lo celebro. ¿Ha averiguado ya algo?

—No, excepto que parece como si el grupo que he de deshacer hubiera aumentado. La gente cuenta cosas por ahí… Ya no se trata sólo de un hombre y una mujer.

—Cierto. En los últimos tiempos han reclutado hombres, entre los muchos descontentos sudistas que circulan por ahí. Eso hace su misión más difícil y más peligrosa.

—No me importa, pero hay algo más. Parece que ese grupo actúa con preferencia en las que fueron antiguas tierras de los Lester.

—Desde luego, puesto que Bob y Stella las conocen mejor que

nadie. Y esas tierras son tan inmensas que constituyen una verdadera comarca. Necesitaría tres regimientos para vigilarlas un poco bien, y no dispongo de hombres para eso.

—¿Qué papel pinta entonces el general Miller?

—Oh, el general Miller no vigila aquellas tierras. Solamente habita la casa cuando le place. Es una magnífica residencia del Sur. ¿La ha visto?

—No —mintió Lester.

—Pues vale la pena, aunque esté destruida en una pequeña parte. Miller se enamoró enseguida de la casa, y pasa allí alguna breve temporada de descanso. Pero no cuente con su ayuda. Él no se preocupa de capturar sudistas masculinos. En todo caso lo que le interesa son los sudistas femeninos, es decir, las señoras, vaya.

A Lester no le sorprendió.

—Las mujeres de Texas tienen fama de ser estupendas, y esa fama suele corresponder a la verdad.

—Creo que debería conocerlo —dijo—. Para mi misión me puede prestar mucha ayuda, a pesar de lo que usted dice. ¿Dónde puedo encontrarlo? Supongo que está en Dallas.

—Lo ha estado hasta hace unas horas, pero acaba de tomarse uno de sus períodos de descanso. Lo encontrará usted en la vieja casa de los Lester, a unas treinta millas de aquí.

Lester parpadeó.

Estaba visto que su viaje iba a ser de ida y vuelta.

—Iré allí —dijo—. Gracias, señor Stanley.

El coronel le volvió a estrechar la mano.

—Ahora ya nos conocemos. Pídame ayuda cuando la necesite, pero no lo haga en la calle ni en un sitio público. Si la gente le relaciona conmigo, puede estropearse todo. Actúe siempre disimuladamente.

—Lo tendré en cuenta.

Cuando ya el joven tenía la mano sobre el pomo de la puerta, Stanley murmuró:

—Eh, Foster.

—Dígame.

—¿Ha hecho testamento?

—Aún no.

—Pues diga al menos dónde quiere que entierren sus huesos. Es

un buen consejo.

—¿Tan feo ve el asunto?

—Mucho peor de lo que usted imagina. Y le daré otro consejo.

—Soy todo oídos.

—¿Tiene alguna amiguita?

—¿Amiguita? ¿Para qué?

—Si va a ver a Miller, llévela. No tenga reparos. Allí la gente se divierte. No crea que Miller tiene la vieja casa de los Lester para escribir cartas a sus sobrinos, que viven en el Canadá. Por el contrario, es un tipo de los que saben vivir.

Lester ni siquiera parpadeó.

—Gracias por el consejo —dijo.

Y salió tranquilamente.

Iba a montar en su caballo cuando una voz le dijo, junto a su espalda:

—¿Por qué tanta prisa, amigo?

Lester no se volvió. Sólo se quedó con las manos sobre la silla, en actitud expectante.

—Vuélvase.

Él obedeció.

Dos soldados nordistas estaban junto a él, en el amarradero. Y como por descuido, los dos le apuntaban con sus rifles de reglamento.

Ahora sí que Lester parpadeó.

Porque aquellos rostros no le eran desconocidos. Los había visto dos días antes, muy cerca de su antigua casa.

Sólo que entonces llevaban pantalones tejanos y viejas guerreras sudistas.

Dos de los hombres a quienes se enfrentó habían estado siguiéndole. Y ahora sabían de él tantas cosas que Lester no dudó ni por una facción de segundo de lo que iba a ocurrir allí: le matarían.

Pero ninguno de estos pensamientos se tradujo en la expresión de su rostro.

Éste seguía siendo una máscara imperturbable cuando murmuró:

—Os cambiáis con más rapidez que un autor de teatro. ¿De dónde habéis sacado esos uniformes?

—Matamos a tantos nordistas que uniformes es lo que nos sobra. Tenemos la buena costumbre de enterrarlos desnudos, amigo.

Y el que le había hablado miró las ropas de Lester, como preguntándose cuánto darían por ellas.

Lester tampoco parpadeó al preguntar:

—¿No tenéis miedo de que os reconozcan?

—Hay tantos nordistas por aquí que nadie se fija en dos más o menos. No tengas esperanzas, amigo… Nadie te salvará.

Y el otro masculló:

—Hicimos bien en no fiarnos de ti. Sabías demasiadas cosas… Te hemos seguido y ahora sabemos quién eres. De modo que saliendo del cuartel general nordista, ¿eh?

Lester torció la boca ahora.

—He entrado para una cosa muy importante.

—¿Para qué?

—No tenía fósforos y quería que me dieran lumbre.

Los dos falsos nordistas rechinaron sus dientes.

El de la derecha masculló:

—Vamos ya… ¿A qué perder tiempo?

Todo ocurrió instantáneamente, con una rapidez tal que casi fue imposible seguirlo con la vista. Los dos hombres se dispusieron a apretar los gatillos de sus rifles. No iban a emplear ceremonias de ninguna clase. Y Lester se dio cuenta de que aquello era el fin.

Se movió con una rapidez de pesadilla.

Tenía los rifles tan cerca que pudo desviar uno de ellos, mientras saltaba de costado como un puma.

La bala del rifle que había desviado saltó al aire. La del otro se hundió en las ancas de un caballo, que lanzó un relincho de dolor.

Toda aquella parte de la calle quedó vacía instantáneamente.

Los centinelas que estaban a la puerta de la comandancia militar, corrieron hacia el lugar donde acababan de sonar los disparos, y que quedaba parcialmente oculto por los caballos del amarradero.

Para Lester no había cesado el peligro, ni mucho menos. No había hecho más que esquivar las primeras balas. Caído entre las patas de los caballos, llevó la derecha hacia la funda del revólver mientras sus dos enemigos desviaban los rifles hacia él.

El movimiento de Lester hubo de ser necesariamente más breve. Y nunca había tirado con tanta rapidez y con tanta angustia como entonces.

El «Colt» ladró dos veces.

Los dos hombres cayeron hacia atrás, con las mandíbulas atravesadas de abajo arriba, mientras lanzaban sus armas y emitían un mismo aullido de muerte.

Lester se puso en pie. Estaba pálido, porque aquello significaba un buen lío, aunque hubiera salvado la vida de momento. En efecto, los centinelas ya estaban prácticamente sobre él. Le apuntaban con sus armas.

—¡Quieto, asesino!

—¡Ha matado a dos soldados!

Lester alzó levemente las manos, mientras miraba a los centinelas con fijeza.

—No eran soldados.

—¿Cómo que no? ¿Es que no ves sus uniformes? ¡Hala, adentro!

Y le señalaban el interior de la comandancia. El joven murmuró:

—Registradlos.

—¿Registradlos para qué?

—Porque no llevan más que el uniforme. Seguro que no tienen documentación de ninguna clase.

Uno de los centinelas parpadeó, confuso. Hizo una seña a los otros dos para que no dejaran de vigilar a Lester.

Éste tampoco pensaba huir. Vio cómo el centinela registraba a los muertos.

Al cabo de unos instantes se alzó.

—Es cierto… —dijo—. No llevan la documentación obligatoria. Y uno de ellos tenía un pañuelo con la bandera confederada.

La voz de Stanley, que acababa de salir del edificio, sonó entonces quedamente.

—Hay muchos sudistas que se disfrazan con nuestros uniformes —murmuró—. Este hombre nos ha hecho un gran favor. Dejadle libre.

—¿Es que lo conoce, mi coronel?

—Es la primera vez que lo veo. Hala, dejad que se largue. Retirad los muertos y llevad al veterinario a ese caballo que está herido en un anca.

Lester no esperó a que se lo repitieran dos veces.

Lo que le convenía era largarse, de modo que musitó:

—Gracias, señor.

Montó de un salto sobre su caballo y se dirigió hacia la salida de la ciudad.

Otra vez volvía hacia la vieja tierra de sus antepasados. Volvía con el alma amargada y con un revólver en la funda, pero sin llevar ninguna amiguita, como le había recomendado Stanley.

Eso, en todo caso, quedaría para después.

CAPÍTULO IV

En la casa se veía ahora más animación. Había unos cuantos caballos ante la entrada, además de dos elegantes carruajes. Tras los cristales de las ventanas se veían luces encendidas.

Como las tierras de los Lester estaban a unas veinte millas de Dallas, en dirección al Este, cuando Lester llegó a la casa era ya de noche.

Dentro se oía sonar un piano.

También susurraba el follaje. La luna rielaba en lo alto de un cielo sin una nube.

El ambiente era de gran belleza y de paz.

Una belleza y una paz que fueron rotas bruscamente, por aquella voz y el brillo de aquel «Winchester».

—Arriba las manos.

Lester obedeció.

El hombre que había llegado silenciosamente tras él, le clavó el cañón en la espalda.

—¿Quién eres?

—Me llamo Foster.

—¿Y qué buscas aquí?

—Quiero hablar con el general Miller.

—El general Miller tiene trabajo.

—¿Trabajo? Yo creí que venía aquí a descansar.

—Y descansa, pero a su manera. No podemos molestarle ahora.

Lester dijo con voz metálica y autoritaria:

—No estoy dispuesto a perder tiempo, amigo. Me envían el coronel Stanley y el gobernador de California.

El tono en que fueron dichas aquellas palabras, convenció al centinela.

Bajó el «Winchester» poco a poco.

—De acuerdo; camina hacia el porche.

En el porche había otro hombre, también vestido con uniforme nordista. Pero no lo llevaba bien abrochado ni parecía respetar demasiado la disciplina. Allí, como le habían dicho a Lester, la gente debía ir en efecto a divertirse.

El soldado engulló un trago de una botella, mientras le veía avanzar.

—Eh…, ¿quién es ése?

—Dice que quiere hablar con el general Miller. Que es un enviado del coronel Stanley y del gobernador de California.

—¡Cuerno! California queda muy lejos.

—Tú, llama a Miller —indicó Lester, con la misma voz metálica de antes.

—No sé si molestarle…

—Lo lamentarás si no lo haces.

El otro dejó la botella, intimidado por el tono autoritario (y también por los ojos de asesino) de Lester.

—De acuerdo. Le avisaré.

Entró en la casa, pero Lester no le esperó. Entró tras él.

Una extraña emoción le acometió al poner de nuevo los pies en el umbral al cabo de cinco años.

Aquél había sido su hogar. Aquellas paredes fueron las que le vieron crecer. Entre ellas nacieron sus primeros sentimientos, sus primeras emociones.

Además, el interior había cambiado muy poco. Los muebles eran los mismos, y su colocación casi idéntica. Curiosamente, estaban bien cuidados. Diríase que alguien se preocupaba por ellos, cosa rara en un lugar que estaba requisado por Miller y donde éste, al parecer, sólo acudía para divertirse.

Lester lo recorrió todo con la mirada.

Las viejas lámparas, los cuadros, los muebles…

El piano seguía sonando en la sala contigua al vestíbulo, en aquella gran sala donde antaño tenían lugar las reuniones familiares de importancia.

Y no estaba desafinado. Lester hubiera reconocido el sonido de aquel piano entre mil. Alguien interpretaba en él sin demasiada maestría, pero no podía negarse que las notas eran correctas.

Al entrar en el salón vio de espaldas al general Miller.

Era él quien interpretaba con cierta torpeza una conocida melodía sureña. Miller era un hombre grueso, con una barba gris, unos ojos astutos y unas cejas pobladas. Debía tener unos cincuenta años. Vestía de paisano, o sea que Lester tuvo que adivinar que se trataba de él por las muestras de respeto con que se le acercó el centinela del porche.

—General…

Miller se volvió de mala gana.

Sus ojillos se clavaron en el recién llegado.

—¿Qué demonios pasa ahora?

—Ese hombre, mi general.

—¿Quién es?

—Dice que viene de parte del coronel Stanley y del gobernador de California.

Los ojos de Miller chispearon.

—¿Y por qué demonios me molesta? Stanley es sólo coronel, mientras que yo soy general. Además, California cae muy lejos.

Hizo una seña al centinela, con gesto de hastío.

—Lárgate. Voy a meterle un buen rapapolvo a este tipo. No se atreverá a importunarme más.

El subordinado se alejó, al parecer muy divertido. Debía conocer el mal genio del general, y no esperaba nada bueno para el intruso. En cuanto a Lester, encajó bien las mandíbulas. Si creía aquel tipo que a él iba a echarle un rapapolvo, iba listo. Le contestaría adecuadamente.

Pero Miller no hizo eso.

Por el contrario, cuando estuvieron solos, sonrió.

—Imaginaba que vendría —dijo—. Stanley me habló de un agente especial que trataría de limpiar de forajidos esta tierra. Bien venido.

Y le estrechó la mano.

Lester miró hasta el fondo sus ojillos de bon vivant, de tipo que sabe extraerle a la vida hasta la última gota de jugo.

—Naturalmente, he de disimular —continuó Miller—. No puedo delatarle a usted fingiendo que le conozco. Por eso he dicho antes unas palabras duras, frente al centinela.

—Me hago cargo.

—De todos modos, creo que ha hecho usted una imprudencia al venir, amigo. ¿No cree que sea peligroso?

—Quería conocerle, general.

—¿Para qué?

—¿No es usted el jefe de toda esta zona?

—Oh, sólo en parte… En realidad, la situación es un poco irregular. Yo conquisté este sector con mis fuerzas, y la verdad fue que me gustó. En mi fuero interno me prometí alejarme de aquí lo menos posible, y conseguí ser destinado a Dallas.

—Pero esto no es Dallas —murmuró Lester—. Ni siquiera pertenece al mismo condado.

—Lo sé, lo sé… Y en un sentido estricto yo no tengo mando aquí. Simplemente ocurre que me he apropiado de esto por las buenas. Usted sabe que estas tierras pertenecieron a los Lester. Deben habérselo dicho.

—Sí.

—Por cierto, ¿usted cómo se llama?

—Foster.

—De acuerdo, Foster, de acuerdo… Como le decía, estas tierras pertenecen a los Lester, o al menos eran suyas antes. Pero ellos se han rebelado contra la legítima autoridad. En realidad, son ya unos condenados a muerte. Su casa y sus tierras pasarán al Estado y luego no sé lo que ocurrirá. Pero yo, mientras tanto, las administro. Paso aquí muy buenas temporadas, se lo aseguro. ¿Pero qué estoy haciendo? Ni siquiera le he ofrecido de beber…

Chascó dos dedos e hizo chist, chist, como si llamara a un perrito.

Alguien más estaba en la habitación. Ahora se dio cuenta Lester.

Al volverse, vio a una mujer que limpiaba el polvo silenciosamente, a unas yardas de distancia. Lo hacía con amor, con cariño. Debía ser la persona que tenía el interior de la casa tan limpio y tan bien cuidado. Se movía en silencio, como una sombra.

Lester observó también algo más —y por cierto importante—, antes de que ella se volviera, respondiendo a la llamada del general. Pues cuando Miller requirió su atención, ella estaba de espaldas.

La chica tenía un tipo sensacional.

Era de esas mujeres bien formadas, llenitas, altas, que enseguida nublan la mirada de cualquier hombre.

Vestía sencillamente, pero todo le caía bien. Era una estatua palpitante y viva.

Ella se volvió.

Y el panorama cambió bastante. Puede decirse que en cierto modo cambió por completo.

Vista de cara, la chica tenía un aspecto triste, abrumado. Debió haber sido una belleza hasta poco antes, pero las huellas de mil sufrimientos, de mil ingratitudes, de mil humillaciones, se habían ido posando en su rostro como una nube negra. Tenía los ojos apagados, como muertos. La cara, pálida. Toda la belleza soberana que aún conservaba en su cuerpo, porque éste es menos sensible, se había extinguido en cambio de su rostro, que denotaba el paso de un contenido dolor.

Y, sin embargo, de toda ella se desprendía un atractivo casi irreal, dulce, que la hacía extrañamente seductora.

Si al mirar su cuerpo uno pensaba en cosas de las que no se suelen decir en voz alta, al mirar su rostro uno sentía, en cambio, deseos de protegerla, de mirarla, de acariciarla con dulzura.

El general murmuró:

—Eh, tú, Fifi…

Ella se acercó sumisamente.

—No limpies tanto y tráenos algo de beber. *Whisky* del bueno. Y en bandeja de plata.

Ella se retiró silenciosamente, sin haber dirigido ni una sola mirada a Lester.

Miller rió.

—No se preocupe usted por la limpieza de los vasos, Foster. Todo estará presentado con más pulcritud que en el mejor bar de Nueva York. Esa chica tiene la manía de la limpieza. ¿Ha visto cómo cuida los muebles? La casa luce gracias a ella. Lástima que no pueda pintar la fachada, porque si no ella sola también lo haría.

—Desde luego, hay una gran diferencia entre el interior y el exterior —reconoció Lester.

—Pues es gracias a Fifi.

—¿Se llama así?

Miller rió alegremente.

—Otros me lo han preguntado. El nombre tiene un poco de gracia, ¿no? Pues si he de decirle la verdad, no sé cómo se llama.

Estaba por aquí cuando nosotros ocupamos la zona. No sé si los cañonazos o los horrores de los últimos días de la guerra debían haberla idiotizado. Recuerdo que estaba llorando junto al cadáver de un hermoso ejemplar de perra, a la que debía querer mucho. Un casco de metralla había matado al animal, y ella se resistía a abandonarlo. Decía continuamente: ««Fifi», «Fifi»». Por lo visto era el nombre de la perra. Y así la llamamos a ella.

Lester tragó saliva penosamente.

Había visto muchos sufrimientos en cuatro años de implacable lucha, pero aquellos detalles humanos, aquellas pequeñas muestras de la pena que azota a seres inocentes, le llegaban al fondo del alma. Un niño que busca a sus padres entre las ruinas, un pobre perro muerto… o aquella chica de ojos vacíos, que ya no parecía esperar nada en el mundo.

—¿Por qué no se ha ido de aquí? —murmuró—. ¿No tiene familia?

—Verá… No creo que la tenga. Ella, en todo caso, no lo recuerda. Y además yo tengo un cierto interés especial en que no se vaya.

Volvió a reír silenciosamente.

Ella volvía ya con una bandeja de plata, dos vasos, una botella y dos servilletas, todo irreprochablemente limpio.

Lo puso sobre una mesita que estaba entre los dos hombres, y sirvió el *whisky*. Mientras lo hacía, Miller la acarició audazmente, indicando con sólo aquel gesto muchas cosas de las que hubiera podido decir hablando el día entero.

La verdadera utilidad de aquella chica en la casa, quedó de manifiesto para Lester. Era la «diversión» del general Miller cuando éste descansaba allí. Por eso tenía interés en que no se fuese.

Lester volvió a tragar saliva penosamente.

E hizo un esfuerzo para no pensar en aquello, porque al fin y al cabo no era asunto suyo. No iba a descubrir ahora que todas las guerras dejan una triste resaca de mujeres como Fifi, que van de mano en mano hasta que revientan o hasta que, por milagro, rehacen su vida. No, no era un fenómeno nuevo ni tenía por qué extrañarse. Pero le costó mucho tratar de aislarse y no pensar en lo que ocurría delante de él.

Miller alzó el vaso.

—A su salud.
—A… a la de todos, general.
Bebieron. Fifi seguía en pie, junto a ellos, con la mirada perdida.
Miller se pasó el dorso de la mano por la boca.
—¿Va a pernoctar aquí, Foster? —preguntó.
—Lo mismo me da un sitio que otro.
—Pues si no tiene ningún plan concreto quédese aquí hasta mañana. Yo ocupo las habitaciones del primer piso, pero en el segundo hay varias que están vacías. Acomódese. Y en las cocinas encontrará comida en cantidad. Cuando vengo aquí traigo siempre servicio abundante, especialmente un buen cocinero.
Le hizo una seña, indicándole la salida.
—Hala, coma algo.
—¿Y usted?
—Yo ya he cenado.
—¿Va a acostarse tan pronto?
Miller hizo un guiño.
—Voy a acostarme un rato —dijo—. Ya sabrá que aquí vengo a divertirme, no a buscar complicaciones. Si quiere que hablemos de algo, ya lo haremos mañana. Habrá tiempo. Y ahora preocúpese usted también de descansar, Foster. Lástima que no se haya traído una amiguita.
Se puso en pie y se dirigió a las escaleras que llevaban al piso superior.
Hizo una seña.
—Eh, tú Fifi.
Ella le siguió dócilmente.
Como un perrillo.
Lester también se había puesto en pie.
Les vio a los dos tomar la gran curva de la escalera, aquella gran curva que él conocía tan bien, hasta que se perdieron de vista.
El rostro de Lester había ido palideciendo. Y él no se daba cuenta, pero se había clavado las uñas en las palmas de las manos, hasta hacerse sangre.
No se dio cuenta de que pasaban los minutos, de que pasaba el tiempo.
No se daba cuenta de nada. Estaba allí como momificado, como convertido en una estatua.

Unos pasos a su espalda le sacaron de su abstracción.

Se volvió. Era el mismo centinela que antes estaba en el porche.

—¿Qué? ¿Ya le ha metido un buen rapapolvo el general?

Lester no contestó.

—Ha debido ser de alivio, porque está usted muy pálido —dijo el nordista—. Bueno, hombre, no se preocupe. Es que aquí no quiere que nadie le moleste… ¿Quiere comer algo? Le llevaré a la cocina.

Lester agradeció aquello con una sonrisa que parecía la de un cadáver.

Y susurró:

—Gracias. Creo que no tendré apetito en dos semanas…

Capítulo V

Estaba en el porche posterior, mirando la noche, sin sentir nada, sin darse cuenta de que el tiempo transcurría, hundido solamente en sus recuerdos.

Aquéllos eran los campos de su niñez. Aquéllos eran los lugares donde para él empezó a tener significado la vida.

¿Pero por qué hubo de teñirse aquello con las lágrimas de tantos esclavos? ¿Y por qué luego tanta sangre? ¿Por qué la lucha continuaba, más implacable y sórdida que antes? ¿Por qué tenía que acabar él con sus propios hermanos?

Todas aquellas preguntas martilleaban en su cerebro, produciéndole un dolor insoportable.

De pronto oyó como un roce a su espalda.

Se volvió.

La misma sombra tranquila y apacible de antes se movía en el porche posterior de la casa. Ahora Fifi limpiaba el alféizar de una de las ventanas que daban allí. No había dicho ni una palabra. Y parecía como si no se hubiera dado ni cuenta de la presencia de Lester.

Éste carraspeó.

Sus ojos muertos se clavaron en el rostro del hombre.

Con movimientos maquinales, la muchacha se abrochó un poco el vestido, que ahora llevaba con cierto descuido, como si se lo hubiera puesto muy precipitadamente.

—Fifi.

—Diga, señor.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte, señor.

Veinte años… Lester la miró con pena. Se dio cuenta, ahora,

teniéndola tan cerca, de lo bonita y lo joven que era. Y se dio cuenta también de la vida terrible que llevaba allí.

—Oye, Fifi.

—Más vale que no le vean hablarme, señor. El general se ofendería mucho.

—¿Por qué?

—No quiere que nadie se tome confianzas conmigo.

Lester se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Te quiere para él solo, ¿no?

Ella no contestó. Su mirada había vuelto a hacerse perdida, lejana. Diríase, viéndola, que su cerebro estaba vacío y en blanco.

—No creo que el general se ofenda —musitó Lester—. No hacemos nada malo.

—No, señor.

—¿Siempre te dejas mandar de ese modo?

—¿Qué dice, señor?

Lester tuvo la sensación de que ella no le comprendía. De que no sabía el significado de las palabras «mandar», «obedecer». Era como un animalillo que lame las manos con agradecimiento si le dan un poco de comida y que se encoge atemorizado si le amenazan con un puntapié.

Era esa mansedumbre lo que más pena daba a Lester.

—¿Qué te sucedió? —dijo con un soplo de voz.

—¿Sucederme?

Ella seguía sin comprender.

—Quiero decir, ¿qué eras antes de venir aquí?

—Me parece que siempre he estado aquí, señor.

—¿No recuerdas dónde vivías antes?

—Es que… no acabo de entenderle, señor.

El joven torció la boca con amargura. Era natural, después de todo. Él sólo recordaba las cosas que empezaron a sucederle desde su llegada a la casa. Todo lo demás eran sombras. Todo lo demás no existía para Fifi.

¿Qué acontecimiento terrible debió motivar aquello? ¿Cuándo empezó para la muchacha el principio del fin?

Lester comprendía que aquél no era asunto suyo, pero se resistía a dejarla así.

—¿No recuerdas que tenías una perra? —musitó—. ¿La querías

mucho? ¿Recuerdas por qué murió?

Fifi no contestó.

Sólo sus ojos se nublaron, hasta cerrarse, y Lester notó que la muchacha lloraba silenciosamente.

Claro que debía recordar algo, pero esos recuerdos sólo servían para atormentarla más y más.

—No debo insistir —musitó Lester, como si hablara consigo mismo—. Te estoy atormentando inútilmente, muchacha. ¿Vives siempre aquí?

—Casi siempre, señor. Pero a veces el general… me lleva con él.

Lester apretó los labios.

Una mano parecía apretarle el corazón, y cuando más se decía él que ése no era asunto suyo, más y más le apretaba aquella mano salvaje.

Al fin dio media vuelta y se alejó.

En el silencio del porche, sólo sus espuelas resonaron, como en otro tiempo, cuando él vivía allí.

No quiso dormir en una de las viejas habitaciones de la casa porque supo que los recuerdos le impedirían cerrar los ojos.

Simplemente se tendió entre la hierba, en aquellos campos que conocía tan bien, y se volvió de espaldas al edificio, deseando no pensar en nada.

Hubiera dado en este momento cualquier cosa por ser un animal carente de recuerdos.

Tardó mucho en dormirse. Cuando lo conseguía, ya casi el alba oscurecía la luz de las estrellas.

Capítulo VI

A la mañana siguiente para no entrar en la casa, fue a lavarse al riachuelo que pasaba cerca de la finca, y que él conocía también perfectamente. Comió algo de fruta y regresó a la vieja y solemne mansión de sus antepasados.

Lo primero que notó fue que ya no estaban los caballos ni los carruajes ante el porche.

Simplemente, el general se había ido.

Lester entró en la casa y buscó a Fifi. Revisó todas las habitaciones, que estaban casi intactas. Pero Fifi ya no se encontraba allí. Sin duda Miller se la había llevado consigo.

A Lester le dominó una sorda furia.

No sabía por qué, pero aquello cada vez le hacía más daño en el fondo del corazón.

Para olvidarlo, decidió ponerse enseguida manos a la obra. Tenía que encontrar a Bob y a Stella antes de que fuera demasiado tarde. Tal como estaban las cosas, le convenía actuar con la máxima rapidez.

La casa estaba completamente solitaria. Parecía un panteón.

O al menos eso era lo que él creía.

Desde el tejado dos hombres le acechaban con sus rifles.

Eran dos hombres que habían estado vigilando la casa, y que llegaron a ella apenas vieron marcharse al general Miller y su séquito. Lester también los hubiera reconocido sólo con verlos un instante. Formaban parte del grupo con el que tropezó el primer día.

Los antorchados de las guerreras sudistas brillaban al sol.

Tenían por consigna vigilar la zona, considerando que no había ya nadie en la casa, pero de pronto vieron salir a Lester.

Uno de ellos dio un codazo a su compañero.

—Eh, Jim, mira.

—Infiernos, es aquel tipo…

—¿Qué habrá venido a hacer aquí?

—No era un forastero. Entonces debe ser cierto lo que nos han dicho de que en Dallas mató a dos de nuestros hombres.

—Sea cierto o no, vamos a terminar con ese problema.

Y los dos le apuntaron con sus rifles.

Desde la posición que ocupaban en lo alto del tejado, Lester les ofrecía un blanco perfecto.

El joven caminó hasta la cuadra y fue a entrar en ella, suponiendo que allí estaba su caballo.

Entonces vio un reflejo en una de las ventanas.

Era en realidad un simple reflejo del sol, pero él creyó que era Fifi, quien se encontraba en la casa. Dio un salto para verla mejor, si es que era ella realmente.

Sonó el primer disparo.

El leve salto había salvado a Lester, pero él no podía sospecharlo aún. La bala se llevó su sombrero. El joven *sheriff* se lanzó ágilmente al suelo contra la pared de la cuadra, mientras en el aire restallaba el latigazo de la segunda bala.

Ésta ya no le atrapó desprevenido. El salto le había distanciado del ángulo de tiro, y el proyectil se hundió en la tierra a más de dos palmos de distancia.

Lester sacó el revólver mientras daba dos vueltas sobre sí mismo.

Los dos hombres, en el tejado, cambiaron de posición.

—Parece como si ese tipo viera por la espalda… —masculló uno de ellos.

—Ha sido simple casualidad. Cúbreme.

El otro empezó a disparar, mientras Lester se parapetaba tras el ángulo de la pared de la cuadra. Así era casi imposible alcanzarle, pero tampoco podía moverse, porque los plomos caían casi a chorro sobre el lugar donde él estaba.

Era increíble la rapidez con que disparaba aquel buitre.

El otro se situó en distinto lugar, buscando un buen ángulo de tiro.

Lester comprendió lo que se preparaba. Tenía que salir de allí o le asarían.

Retrocedió ágilmente dos pasos y se coló por uno de los ventanucos de la cuadra.

Segundos después asomaba el revólver por otro ventanuco que estaba en el lado opuesto. Veía confusamente la silueta de uno de sus enemigos.

Pero aquello resultó bastante para él.

Hizo un solo disparo, y se escuchó un alarido, El emboscado cayó rodando por la vertiente del tejado. Unos segundos después volaba materialmente para empotrarse en la hierba que rodeaba la casa.

El otro se veía perdido. Intentó huir.

Saltó del tejado principal a otro de las dependencias, más bajo. Durante unos instantes cruzó el aire con la agilidad de un gato.

Pero aquello también fue suficiente para Lester. Después apretó el gatillo dos veces, mientras seguía el vuelo de aquel cuerpo humano.

Lo vio retorcerse.

Y por su forma de caer, comprendió que aquel hombre ya tenía bastante. Que no volvería a moverse más.

Salió de su escondite.

El silencio volvía a rodearle. La casa era nuevamente como un panteón.

Avanzó hacia los dos hombres, con cuidado, vigilando atentamente por si había alguno más acechando. Pero no observó la menor señal de peligro. Cuando vio las caras de los dos muertos, comprendió.

Los del grupo sudista iban a darle más trabajo del que esperaba.

Lo que lamentó fue haberlos matado. Así no podía obtener de ellos ninguna información. Estaba tan a oscuras como al principio.

Decidió registrarlos.

No llevaban gran cosa, excepto un poco de dinero. Uno de ellos tenía también un salvoconducto muy mal falsificado. Y el otro un papel que fue lo único que llamó verdaderamente la atención de Lester.

Era solamente un nombre y unas señas.

«YOLANDA. SALOON EL CIERVO. BERKELEY»

Lester lo guardó.

Berkeley era una población no demasiado lejana, que progresivamente iba quedando deshabitada, pero que aún conservaba mucha pujanza. Se había hecho famosa por sus broncas y por la calidad —calidad más bien turbia, todo hay que decirlo—, de los tres saloons y casas de juego que había en ella.

Lester decidió ir allí.

Al fin y al cabo, y después de todo, aquello era una pista.

Berkeley estaba en plena agitación cuando él llegó. Cinco años antes Lester había estado varias veces allí, pero ahora no había temor de que le reconociera nadie. La gente era del todo distinta. Los dueños de los saloons también habían variado. Y el ambiente era mucho más violento y salvaje que antes de la guerra civil.

El joven descabalgó y dio un paseo a pie, mirando con mucha atención los carteles anunciadores de los saloons.

Por todas partes se oían gritos y había peleas a puñetazos, pese a ser sólo media tarde. Aquello, por la noche, se convertiría en algo de alivio. Pero Lester no se inmutó. A pesar de que un par de hombres cayeron ensangrentados a sus pies, con las caras partidas a golpes, ni les dirigió una mirada siquiera.

Eran gajes del oficio. El que se propone dar, también se expone a recibir.

Pero en ninguno de los carteles llegó a leer el nombre de Yolanda. Pensó que tal vez era una de las chicas que servían de gancho para las mesas de juego, pero decidió preguntar.

Un hombre que se estaba fabricando una pipa con la ayuda de una navaja, bizqueó al oír el nombre de Yolanda.

—Pica usted alto, amigo.

—¿Es una artista?

—No. Es algo más… más directo. Yo diría que es una cortesana.

Lester arrugó el ceño.

Pensó que seguramente se trataba de la amiguita de uno de los muertos. Por aquel camino no llegaría a averiguar nada.

Pero tenía que seguir.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó.

—En el saloon El Ciervo. Tiene un camerino para ella sola. Pero recuerde que pica alto, amigo. Le desplumará en un santiamén.

—Correré ese riesgo.

Se confirmaba lo que decía el papel. Lester pensó, pues, que podía entrar en El Ciervo sin temor a equivocarse. Deseaba extremar las precauciones para no dar un paso en falso.

El saloon estaba lleno.

En el centro del mismo había una pelea sensacional, pero nadie se ocupaba de los contendientes, y a dos pasos de ellos, en las mesas con tapete verde, los jugadores seguían haciendo sus apuestas como si tal cosa.

Unas cuantas chicas se movían sinuosamente por entre aquellas mesas, procurando que el público se interesara por sus encantos. Y algunas lo conseguían con sorprendente rapidez.

Un tipo de ojos vidriosos, en la barra, daba vueltas con el dedo al *whisky* que tenía en su vaso.

—¿Qué amigo? ¿Es que ha disuelto un terrón de azúcar?

—No. He disuelto un poco de pólvora.

—¿Para que sea más fuerte?

—Al contrario. La pólvora suaviza el sabor del *whisky*. ¿No lo sabía?

Lester arqueó una ceja.

—No, eso no lo sabía. Pero en cambio me gustaría saber otra cosa.

—Suelte lo que sea. Yo soy el hombre que está enterado de todos los líos que hay en esta ciudad.

Lo primero que Lester soltó fue un dólar.

Luego preguntó:

—¿Cuál de esas chicas es Yolanda?

—¿Yolanda? Pica usted alto, amigo.

—Eso me han dicho.

—Yolanda es tan bonita que para que le hable de ella bien vale la pena que usted suelte un dólar más.

Lester lo soltó.

—Yolanda no está aquí —dijo el otro—. Tiene usted que subir al piso superior. Dispone de una especie de camerino, ¿sabe? Es una reina. Pero si trata de invitarla empiece por pedir champaña francés. Ella no se conforma con menos.

—¿Cuál es el número de ese camerino?

—El tres. Reconocerá a la chica enseguida. Es una rubia detonante.

Lester chascó dos dedos, como dando las gracias.

Y subió al piso superior.

Allí, por lo visto, había algunas salas de juego privadas y un par de salitas más privadas todavía.

Golpeó con los nudillos sobre la puerta que ostentaba el número tres.

—Adelante —dijo una voz.

Lester entró.

Y lo primero que vio fueron unas piernas de campeonato. Y unos labios de campeonato. Y un revólver de campeonato.

El revólver fue lo que más se hizo notar, porque se le clavó materialmente entre las dos cejas.

—Pasa, muchacho —dijo una voz—. Te esperaba.

Lester miró a la chica. Y la verdad fue que ésta tenía docenas de cosas que mirar.

Pero ésta no era rubia, sino morena.

Lester dejó caer sin fuerzas los brazos a lo largo del cuerpo, suspiró con desaliento y miró fijamente a su hermana Stella.

No la hubiera reconocido de no ser por la foto que el gobernador le enseñó. Cinco años son muchos para una mujer, sobre todo si uno deja de verla cuando es una chiquilla de catorce o quince años y la reencuentra cuando se ha transformado en un bombón de diecinueve o veinte.

En cambio, ella sí que no debía haberle reconocido.

Seguía apuntándole con el revólver al centro de la cabeza, y por la rigidez de su mano derecha parecía como si estuviera dispuesta a disparar.

Lester hizo algo que en otras circunstancias hubiera podido parecer extraño, pero que en condiciones era perfectamente normal: se desciñó el cinturón canana con movimientos calmosos y lo dejó caer a tierra.

—¿Satisfecha? —preguntó.

Ella parecía sorprendida, como si no lo entendiera.

—Te rindes demasiado pronto —murmuró.

—Es que no he venido a pelear. Creí que me encontraría con una chica llamada Yolanda.

—¿Y cómo sabes que no soy yo?

Ella miró atentamente. La muchacha llevaba un vestido rojo

muy ceñido, que marcaba sus esculturales curvas. Ese vestido tenía la falda abierta por un lado, lo que permitía constatar que las piernas eran de primera calidad. Un generoso escote indicaba al mismo tiempo que si ella estaba bien por las profundidades, igualmente estaba bien —pero que muy bien—, por las alturas.

Claro que Lester no la miraba como hubiera mirado a otra mujer. Hacía todas esas observaciones casi mecánicamente, como el que contempla una estatua que le interesa mucho.

—Me habían dicho que Yolanda era rubia —musitó.

Ella rió.

—Es cierto, yo no soy esa zorra.

—¿Me permites que te diga tu nombre?

—¿Es que lo sabes?

—Tú eres Stella Lester.

Ella parpadeó, sin dejar de apuntarle, pero ésa fue toda su reacción de sorpresa.

—Y tú eres Foster —dijo.

Él no quiso decir que había dado un nombre falso. No quiso decir tampoco que eran hermanos.

En el fondo le dolía que ella no le recordase. Las facciones de la chica podían haber cambiado mucho, pero las suyas no tanto. Realmente ya era un hombre cuando se marchó de allí.

—Sé que has venido a destruir a nuestro grupo —dijo ella—. Has matado a varios de mis hombres.

—Estás muy enterada.

—Si no estuviese enterada de lo que ocurre en la comarca, ya me habrían enterrado hace tiempo. A uno de los hombres que he enviado para vigilar mi vieja casa, le he dado un papel con el nombre de Yolanda y con esta dirección. Era como una trampa que podía funcionar o no, pero que si funcionaba sería eficaz. En el caso de que tú le mataras y encontraras ese papel, lo que era muy probable, vendrías aquí. Pensando en ello, he dado un puntapié a Yolanda y me he instalado yo en su camerino. No he tenido que esperar mucho. Te has dado prisa…

Lester chascó dos dedos.

—Tu idea ha sido buena. Me has capturado con todas las de la ley. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

Ella le miró más asombrada cada vez.

—Pareces demasiado tranquilo.

—Siempre lo he sido.

—Te advierto que si tienes algún arma escondida, de poco te servirá. Estás en mi terreno. Todos los que hay en este local son sudistas dispuestos a ayudarme. Sólo tengo que dar una orden.

—No hará falta, no pienso defenderme.

—¿Sabes que eres un tipo incomprensible?

—Y tú, una mujer con muy mala memoria.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo mis razones.

Ella parpadeó.

—Me parece que, al verte acorralado, estás tratando de ganar tiempo —dijo—. Muy bien; es un truco como cualquier otro, pero conmigo no servirá. Voy a sacarte de aquí.

—¿Para llevarme adonde?

—Eso es cosa mía.

Y, con la mano izquierda, golpeó dos veces el tabique que separaba aquel camerino del contiguo.

La puerta exterior se abrió. Dos hombres armados con revólveres aparecieron en el umbral.

Los dos contemplaron a Lester como si ya estuvieran viendo a un muerto.

—¿De modo que éste es el pájaro?

—Sí. Éste es el hombre que quería destruir nuestro grupo.

—Humm… Tiene mala pinta —dijo uno de ellos despreciativamente—. Nunca me han gustado los fulanos con esa facha. ¿Por qué no lo liquidamos aquí mismo y nos ahorramos trabajo?

—Hay que interrogarle —dijo la muchacha—. Y en todo caso prefiero que mi hermano lo vea también.

—Entonces no perdamos tiempo. ¡Tú, levanta las manos!

La orden era para Lester, que la obedeció. Uno de los hombres le cacheó en busca de armas, mientras el otro le seguía apuntando. Pero el agente especial no llevaba más que el revólver que acababa de soltar.

Por fortuna no le retiraron el dinero ni los documentos, por lo que no vieron aún las dos fotografías.

Claro que eso sólo tenía una relativa importancia. ¿De qué servía

ya disimular?

Ella ordenó:

—Fuera.

Lo sacaron al pasillo, donde parecían sentirse muy seguros. Aquél, en efecto, era terreno sudista. Ahora vio Lester que otro hombre estaba vigilando junto a unas escaleras de servicio que llevaban al piso inferior.

Le hicieron descender por ellas, saliendo al fin a la parte posterior del local.

Allí aguardaba una diligencia muy vieja, con cuatro caballos ya enganchados. Por lo visto la encerrona estaba preparada hasta en sus menores detalles. Un mayoral y un ayudante armado cuidaban de la conducción. A Lester le hicieron subir, colocándose uno de los hombres a su lado, con el revólver en el hígado del joven. El otro y la muchacha se sentaron en el diván frontero. No exhibían sus armas, pero se les notaba prestos a intervenir a la menor eventualidad.

Sin necesidad de palabras, la diligencia arrancó. Dejaron muy pronto atrás las últimas y cochambrosas casas de la ciudad de Berkeley.

La chica murmuró:

—Cada vez me pareces un tipo más extraño, Foster.

—¿Por qué?

—Porque eres el único hombre que, teniéndome sentada frente a él y vestida de esta manera, no me ha dirigido una sola mirada.

—Tengo mis motivos.

—¿Es que no te gusto?

—Ni pizca.

Ella echó la cabeza hacia atrás, más sorprendida cada vez. Pero no hizo ningún nuevo comentario.

La diligencia se adentraba por un terreno agreste y difícil. Dejaba a un lado los caminos normales para seguir senderos casi intransitables. No cabía duda de que el grupo de sudistas conocía al dedillo la comarca, como ya le habían dicho.

Descendieron al fin a una hondonada, donde había una casa.

Era una construcción rústica, de troncos, rodeada de rocas, lo que hacía muy sencillo defenderla en caso necesario.

Un centinela salió a su encuentro. También llevaba una vieja

guerrera del Sur. Los dejó pasar tras asomar la cabeza por la ventanilla y convencerse de quiénes eran.

La diligencia se detuvo ante la casa.

La muchacha dijo con voz silbante:

—Abajo.

Cuando Lester descendió, vio que había seis hombres por las cercanías. Todos llevaban restos de uniformes confederados y excelentes armas. Otros hombres debían estar en la casa, porque se oían voces dentro de ella.

La puerta se abrió al fin.

Primero apareció un auténtico gigante, un fulano que medía más de dos metros y debía pasar de los ciento diez kilos, todos ellos de músculos. Y detrás, con guerrera de oficial, Bob Lester.

El prisionero pensó que tampoco lo hubiera reconocido de no ser por la fotografía. ¿Puede un hombre cambiar tanto en cinco años? ¿Pueden los sufrimientos de una guerra marcar de tal modo su rostro?

Porque eso era lo que le sucedía a aquel hombre: estaba como marcado, como devorado por cinco años de angustia. Pero se mantenía fuerte, y sus ojos duros y metálicos mostraban una inquebrantable decisión.

Miró a Lester.

Y tampoco hizo el menor gesto que indicara haberlo reconocido.

«Yo también debo haber cambiado mucho —susurró Lester para sí mismo—. Yo también, aunque no me lo parezca».

Bob masculló:

—De modo que, es ése…

—Sí —dijo la muchacha—, éste es el hombre al que enviaron para deshacer nuestro grupo.

—¿Se llama Foster?

—Sí.

El jefe del grupo le miró detenidamente, mientras se pasaba las dos manos por los bordes de los pantalones.

—¿Qué te pagaron para eso, muchacho? —preguntó.

—No me pagaron nada.

—¿De verdad?

—Sólo me dieron para los gastos.

—A ver, registradle bien.

El gigantón de dos metros fue el encargado de hacer eso. Dio un par de empujones despectivos a Lester, para obligarle a que se volviera. Lester se aguantó, mientras el otro reía sordamente.

—De modo que querías destruirnos, ¿eh…? Tú, que apenas levantas dos palmos del suelo.

—Soy casi tan alto como tú.

—Pero no tan fuerte.

Lester no lo discutió.

El otro le arrancó el dinero y, sobre todo, las dos fotografías, que le dio a su jefe.

Éste las miró con una sonrisa burlona.

—Esto era para que nos reconocieras, ¿verdad? No querían que te equivocaras.

Lester no contestó.

Entonces el otro contó los billetes.

—¿Sólo esto te han dado para los gastos?

—Sólo esto.

—No es demasiado, para un hombre a quien envían a morir.

—A mí no me enviaron a morir, sino a parlamentar.

—¿A parlamentar con nosotros?

—Sí.

—Bueno, pues habla.

Lester se mordió el labio inferior.

La proposición que iba a hacerles solo adquiría suficiente significación si él les confesaba que era su hermano. Pero una cosa así no se puede decir súbitamente, sin preparación, delante de tantas personas. Requería unas palabras previas y un cierto clima de intimidad, ya que de otro modo no iban a creerle.

Por eso murmuró:

—No puedo parlamentar aquí, delante de tanta gente. Esto no es un discurso.

—¿Y por qué no puedes hablar? Todos son amigos de confianza. Di lo que sea, puesto que a ellos también les atañe.

Lester volvió a morderse el labio inferior.

Ya que no tenía otro remedio, dijo en voz alta:

—El Gobierno dice que os entreguéis. Y os ofrece un juicio imparcial.

Daba por descontado que no aceptarían sus palabras al

principio, pero la verdad fue que tampoco esperaba aquella reacción. La reacción consistió en lanzar todos una brutal carcajada, al mismo tiempo.

Incluso la chica reía, aunque su carcajada fue más amarga.

—¿Un juicio imparcial? —Era ella la que hablaba—. ¿Pero en qué planeta vives, Foster? ¿Sabes quién es el jefe militar de la zona, quién tiene por ahora todas las atribuciones judiciales? ¡Es el general Miller! ¿Y crees que él juzgará imparcialmente a nadie? ¡Estás loco! ¿Es que no has tratado a Miller?

Lester reconoció:

—Anoche estuve en su casa. Hablé con él.

—Dirás en nuestra casa.

—De acuerdo, no discuto eso.

—¿Y qué te pareció el tal Miller?

—Mi misión no es opinar sobre él. Mi misión es haceros una oferta para acabar con esta rebelión estúpida.

—Puede que sea estúpida y sin esperanza, y puede que ni siquiera estemos defendiendo al Sur. Pero luchamos contra los hombres que lo destrozan, contra los granujas como Miller, que se están aprovechando de la victoria conseguida por hombres más nobles que ellos. Sólo si los hombres como Miller mueren, el Sur tendrá salvación. Si ellos viven y tratan de seguir aplastándonos, la guerra continuará.

Lester miró con admiración a la muchacha, que era la que acababa de hablar así.

No podía quitarle la razón. No podía negar que aquello era verdad en parte.

Y le enorgulleció tener una hermana así. Bonita, valiente y noble.

Aunque al mismo tiempo lamentó que fuera su hermana, porque eso le impedía mirarla como a cualquier otra mujer.

El gigante masculló:

—¿Pero por qué estamos perdiendo el tiempo con este fulano? Es un enemigo, ¿no? Y lo que quiere es embaucarnos. ¿Pues a qué esperamos para acabar con él? ¿Es que de repente nos hemos convertido todos en unas señoritas?

Lester miró a su hermano.

Y vio en el rostro de éste una expresión que era al mismo tiempo

de pena y de desdén, como si ya acabara de pronunciar una sentencia que no le complacía.

—Cierto —murmuró—. Mientras esté vivo es un peligro para nosotros. No debe ser un cualquiera cuando le han enviado a él sólito a destruir nuestra banda. Hay que acabar con él, pero no me gustaría matarlo como a un perro sarnoso. Quiero darle una oportunidad.

El gigante se pasó la lengua por los labios.

—Deje que me encargue de eso, jefe.

—¿Qué tratas de decir?

—Lo dejaré molido a puñetazos, Y si me vence devuélvale la libertad.

—Eso no es una oportunidad, Giller. Todo el mundo sabe que no va a vencerte. Lo que tú quieres es matarle a golpes.

—No lo niego. ¿Y qué?

Todos los rostros se fueron volviendo poco a poco hacia Lester. Y ante la sorpresa general, éste con las facciones perfectamente tranquilas, murmuró:

—No deja de ser una oportunidad, al fin y al cabo. Muy bien… ¿Entonces a qué esperamos para empezar la fiesta?

Giller se aproximó.

Sus facciones habían enrojecido de satisfacción. Caminaba balanceando el cuerpo, como el que ya anticipa el placer de un trabajo que de verdad le gusta.

—Bueno, muchacho… —dijo—. Prometo enterrarte con mis propias manos y amorosamente.

Y largó el primer zarpazo.

Lester lo esperaba por la derecha, pero no por la izquierda. Le pilló desprevenido en gran parte. El puño llegó hasta su cara con la velocidad de un rayo y la fuerza de una catapulta.

El joven cayó a tierra.

Parecía haber recibido la embestida de un búfalo, incluso dio una vuelta de campana en el suelo, mientras toda su cabeza vibraba.

Oyó como unas carcajadas lejanas.

Se puso en pie y vio confusamente a Giller, que se iba de nuevo hacia él.

«Demonios —pensó Lester—, me ha cazado en frío. Por poco me

pone grogy».

El puño voló de nuevo hacia él. El gigante atacó como antes, en línea recta. Pero ahora Lester ya no estaba desprevenido y logró esquivar con una flexión de cintura.

Giller masculló una interjección.

—Quieres bailar, ¿eh?

Un izquierdazo al pómulo le hizo callar. Fue lo bastante fuerte para llevársele piel por delante. Giller se llevó maquinalmente la mano a la parte afectada, olvidando que el abecé del boxeo es no descubrirse nunca y olvidarse de los golpes en el mismo instante de recibirlos.

Pero él no era un boxeador, sino sólo un pegador confiado en su fuerza. Se descubrió, y eso fue para él mucho más terrible de lo que imaginaba. Un puño fue al encuentro de su mandíbula y se produjo un «craac» estruendoso.

Cualquiera hubiese caído, pero Giller, apoyado en las sólidas columnas de sus piernas, ni siquiera se tambaleó.

Sus ojos se cruzaron, sin embargo.

El terrible impacto parecía haberle removido hasta el fondo del cerebro.

—¡Maldito!

Trató de golpear por bajo, buscando el estómago de su contrario. Había dejado a muchos enemigos doblados y sin respiración, con un golpe así. Pero este rival era más ágil y más escurridizo que los otros. Giller no encontró nada ante su mortífero puño derecho. Por el contrario, dio un traspiés.

Lester le golpeó de nuevo el pómulo. Y al instante, con la otra mano, le largó un gancho a una ceja.

El gigante se tambaleó.

Por primera vez parecía haber perdido el mundo de vista, y aunque estaba muy lejos de hallarse vencido, respiraba dificultosamente.

Un inconveniente de los grandes pesos es que se cansan antes que los livianos. Por eso necesitan un entrenamiento especial, que Giller no había practicado casi nunca.

Lester aprovechó el momentáneo desconcierto de su adversario y atacó de nuevo. Si le dejaba recuperarse estaba listo. Giller tenía un punto flaco que ya había castigado una vez, y volvió a insistir en

el mismo.

La mandíbula.

La guardia del gigante estaba tan descuidada que era una tentación llegar hasta su rostro.

Sonó de nuevo otro «craac». Y de repente Giller puso los ojos en blanco.

No cayó aún. Su fuerza descomunal le sostenía. Pero tenía la guardia descuidada; se hallaba en ese estado de semiinconsciencia en que un árbitro para el combate. Lester comprendió que tenía que aprovechar aquella oportunidad.

Se lanzó en tromba.

Un golpe a la ceja derecha; otro a la izquierda; un directo al pabellón nasal, que empezó a sangrar; un brutal doble gancho a la mandíbula, que ya parecía estar fracturada.

Giller cayó hacia atrás, como un poste derribado por el hacha. Ni siquiera llegó a cerrar los ojos. Quedó en el suelo como un enorme fardo, mientras Lester respiraba fatigosamente.

Los golpes habían sido tan rápidos que él también se sentía molido, aunque sabía que iba a recuperarse en unos instantes.

Un tremendo silencio se había hecho en torno suyo.

Sólo se oía el susurro del viento y el compás desajustado de su propia respiración.

La muchacha fue la primera en hablar.

—Ha sido el K. O. más fulminante que he visto —dijo—. Parece como si Giller fuera a tardar una semana en ponerse en pie.

—Tardara al menos quince minutos —dijo Lester—. Ya es bastante.

Uno de los sudistas masculló:

—Yo creo que… Bueno, este tipo no es como los otros.

—¿Y qué pasa?

—Quizá haya dicho la verdad. Nos ha prometido un juicio imparcial. No hay motivo para que no sea cierto.

—Claro que hay un motivo.

—¿Cuál?

—El general Miller. ¿Te parece poco?

De todos modos, el sudista insistió:

—Yo… yo quisiera entregarme. Estoy harto de esto. No quiero morir como un perro cualquier día.

—Como un perro morirás si te entregas, pero no puedo impedírtelo. Lárgate ya. Tú mismo has escogido tu suerte.

El sudista volvió la espalda y se alejó lentamente, mientras todos lo miraban.

A continuación, los ojos, como si fueran los de un solo hombre, se volvieron hacia Lester.

Era el jefe del grupo quien le miraba con más fijeza.

—No esperaba que vencieras a Giller —dijo—. Pero puesto que le has vencido, yo tengo que cumplir mi palabra. Quedas en libertad.

Y dejó de mirarle, creyendo que al prisionero le faltaría tiempo para salir de allí como un cohete.

Pero tuvo una buena sorpresa al ver que no era así.

Lester se quedó quieto, con los pies clavados en tierra.

Se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué no aprovechas la oportunidad? ¿O es que quieres que me arrepienta?

—No pienso huir.

—¿Cómo que no?

—A cambio de quedarme aquí, quiero poder hablar a solas con Stella Lester.

—¿Con mi hermana?

—Ajá.

—¿Qué cuerno estás pensando, imbécil?

—No tengo ningún interés por ella como mujer. Lo único que deseo es contarle una serie de cosas que no pueden ser dichas en público. Y estoy seguro de que ella me entenderá.

Lester recordaba que su hermana, a los catorce años, era una chica muy juiciosa, y confiaba en que esa virtud no se hubiera perdido del todo. En ese caso Stella le escucharía y tal vez hallaran entre los dos una salida razonable.

—De acuerdo… —El jefe se había pasado una mano por la mandíbula, dubitativamente—. Muy bien, de acuerdo… Pero habla junto a aquel bosquecillo, de forma que yo os vea.

—¿Es que no confías en mí? —preguntó ella, ofendida—. ¿Crees que voy a caer en brazos de un desconocido?

—Confío en ti, pero no en él. Podría llevarte y emplearte como rehén.

—Es cierto —reconoció ella.

E hizo una seña a Lester.

—Vamos.

Cuando estaban en los lindes del bosquecillo, ya bastante alejados del grupo, Lester murmuró:

—Lo que tengo que decirte quizá te sorprenda. Pero en realidad confiaba en no tener que decírtelo. Pensaba que me reconocerías.

—¿Reconocerías? ¿Por qué?

—Tienes muy mala memoria, Stella. Tú has cambiado mucho, pero yo no.

Producía un efecto muy extraño, con su vestido rojo, tan bonita en medio de aquella soledad, enseñando a cada paso una de sus esculturales piernas, a causa de la abertura de la falda.

—No te entiendo —dijo.

—Éramos tres hermanos —susurró repentinamente Lester.

Ella estuvo a punto de lanzar un grito.

Se llevó las manos a la boca y le miró con ojos desencajados, como si fuese un aparecido.

—No…, no puede ser —farfulló.

—¿Tanto crees que he cambiado?

—Es que… nadie pensaba ya en ti. ¡Y he visto tantos hombres, tantas caras en cinco años! Incluso creía que estarías muerto. Cuando uno ha olvidado a una persona, le cuesta reconocerla, aunque la tenga ante los ojos.

—No es muy agradable pensar que me habías olvidado de tal modo —murmuró Lester.

—Es que… ¡Dios santo! No puedes imaginarte lo que ha sido esta guerra. No puedes hacerte cargo de lo que hemos sufrido. En esas condiciones, la gente deja de pensar en todo lo que no sea la vida de cada momento. Lo único que importa es el hambre, el frío, el miedo de cada día. Por eso te olvidamos. Si reflexionas en nuestra situación, lo comprenderás.

Él afirmó lentamente.

—Claro que lo comprendo —dijo.

—Pero…, pero ahora somos enemigos —le balbució ella—. Es algo que ni siquiera acierto a comprender.

Él se dejó caer al suelo.

Arrancó un tallo de hierba y lo mordisqueó pensativamente.

—Éramos enemigos ya cuando huí de casa —dijo con tristeza—. Entiende lo que quiero decir: no era enemigo vuestro, pero sí de nuestro sistema de vida. No podía soportar el modo como papá trataba a los esclavos. E incluso a los que no eran esclavos, sino gente que él creía de calidad inferior.

Arrojó el tallo de hierba, mientras añadía con la mirada perdida:

—Recuerdo a algunos de nuestros colonos. O a aquellos chiquillos con los que yo jugaba: Rosa, Ted, Silver… Eran muchachuelos pobres cuyos padres, sin ser esclavos, tenían, sin embargo, que dejarse las uñas y la piel en estas tierras. Papá siempre me reñía porque jugaba con ellos. Decía que eran de clase inferior, que no había de tratarlos como mis amigos. Una vez me golpeó. Y otra vez golpeó a Rosa. ¡Pobre muchacha! La castigó con su látigo desde lo alto del caballo. Yo no podía soportarlo. Fue entonces cuando penetró en mí la idea de huir de esta tierra y ganarme la vida en el Norte.

Chascó dos dedos, mientras elevaba la mirada hacia la hermosa mujer.

—Todo ha cambiado mucho —dijo—. Tú eres una señora de las que quitan el hipo. Te confieso que si no fueras mi hermana soñaría en ti. En cuanto a Bob, es un hombre atormentado que ni siquiera se acuerda de que un día fue feliz. Por eso he venido, Stella; porque esta locura tiene que terminar.

—Nosotros luchamos contra Miller y sus verdugos. Ellos no representan al Norte ni a nada. Ellos sólo trabajan para sí mismos.

—Pero tienen la fuerza y acabarían venciendo. Yo sólo os puedo decir dos cosas: o aceptáis mi proposición o huís atravesando a uña de caballo la frontera de México, como han hecho otros.

—¡Nosotros nunca abandonaremos esta tierra!

—Pues entonces aceptad mi plan: rendid las armas y se os ofrecerá un juicio imparcial.

—Que puede terminar en el pelotón de ejecución —dijo ella.

—Se puede poner como condición el que se os respete la vida. Además, hay un importante factor que os favorece: Miller accederá a vuestras condiciones con tal de que no habléis de sus abusos durante el juicio.

Ella vaciló un momento.

También se la veía cansada, desesperanzada por aquella lucha

que no podía terminar más que en la tumba.

—¿Es cierto lo de un juicio imparcial? —murmuró al fin.

—Si yo no creyera en ello, no habría venido a buscaros.

—Es que…

—No te fías, ¿verdad?

—¡He visto tantas cosas!

Él se puso en pie y la sujetó por uno de los brazos. La carne mórbida y firme se hundió levemente bajo la presión de sus dedos. Ella se estremeció.

—Yo haré de emisario con Miller —dijo Lester—. Os traeré su respuesta y las garantías que puede ofrecer para que os rindáis.

—Deja que hable antes con Bob.

—Es natural. Yo también ardo en deseos de darle un abrazo…, si él lo admite.

—¿Y por qué no va a admitirlo? Pero no forcemos las cosas. Ahora él está nervioso, excitado… Deja que transcurran unas horas. Yo le hablaré.

Y miró de soslayo hacia la casa, donde aún estaba el grupo, vigilando recelosamente.

—Parece que no se fía —dijo Lester.

—No, claro que no… Y yo estoy nerviosa —reconoció ella—. Quisiera que hablásemos de todo esto con más calma, con más detalle. Vamos a hacer una cosa: tú te vas ahora de aquí, y dentro de sesenta minutos exactamente nos encontramos al otro lado del bosquecillo. Nadie me impedirá ir hasta allí. O mejor aún: Podemos encontrarnos en nuestra vieja casa.

—Será como en los viejos tiempos —dijo.

—Que desgraciadamente ya no van a volver.

—¿Y por qué no?

—Tienes demasiada confianza —dijo ella—. En el Norte hay gente muy buena, y ésa es la que tú has conocido. Crees que todos son igual, y te equivocas. También hay bichos como Miller, contra los cuales todas las precauciones son insuficientes. Pero ya hablaremos de eso. Vamos a concretar: dentro de dos horas en nuestra vieja casa.

—Allí estaré.

—Si cuando yo llegue hay algo anormal, haces un disparo al aire. Eso me servirá de señal para no acercarme más.

—Descuida, estaré alerta.

Los dos se separaron. No se dieron ni tan siquiera la mano, porque desde lejos les estaban observando.

Lester se alejó por los atajos hacia Berkeley, donde encontraría su caballo.

Tenía tiempo justo para llegar a la vieja mansión de sus antepasados, en el fondo del valle.

Pero no pensaba en eso. Sólo pensaba en que una pena muy honda, muy lacerante, le estaba destrozando el corazón.

CAPÍTULO VII

En la casa no había nadie. Y no debía haberse acercado nadie tampoco en todo aquel tiempo, porque los dos cadáveres estaban tal y como los dejó al escapar. Al acercarse su caballo, se oyó un múltiple graznido de cuervos que se alejaban precipitadamente.

El joven revisó las habitaciones. No, no parecía acecharles ninguna sorpresa. Subió incluso a la parte derruida de la casa y luego volvió a descender. Fue entonces cuando oyó el trote de un caballo que se acercaba por el sendero.

Vio aparecer a la muchacha.

Ya no llevaba el excitante vestido rojo, sino un equipo completo de amazona, con una vieja guerrera del Sur. Era una temeridad ir así, porque cualquiera podía reconocerla, pero por lo visto ella consideraba normal moverse por sus tierras de ese modo.

Lester volvía a llevar armas.

Se había colocado el cinturón canana de uno de los muertos.

Pero no hizo ningún disparo de aviso porque, realmente, no había ningún peligro por allí cerca.

Ella descabalgó rápidamente.

—¿Todo bien?

—Perfecto. Nadie se ha acercado por aquí.

—Podías, al menos, haber enterrado a mis hombres.

—No he tenido tiempo —murmuró él—. Te digo la verdad. Hace apenas diez minutos que estoy aquí.

—Tienes una manera muy rara para convencernos de que nos rindamos. Has matado a parte de mi grupo de vaqueros…

—Te juro que en todos los casos fue defensa propia. Ellos no admitían explicaciones. Eran de los que le dan al gatillo sin preguntarle a uno ni su nombre.

Ella asintió con una lenta cabezada.

—No he podido elegir a mi gente —murmuró—. Reconozco que no eran unos angelitos, y que entre ellos habría más de un asesino nato. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? Aún estamos en guerra.

—No te lo reprocho —murmuró Lester.

—De todos modos, no quiero que hablemos aquí. Me molesta saber que están tan cerca esos muertos. Vamos al otro lado de la casa, al bosque, donde jugábamos cuando éramos unos niños.

Lester asintió.

Los dos caminaron en silencio, bordeando la casa, hasta llegar al bosque silencioso y umbrío que para Lester estaba lleno de recuerdos, porque conocía hasta la situación de cada rama.

Aquello sí que no había cambiado.

Aquello seguía siendo lo mismo…

—¿Qué sabes de Fifi? —murmuró de repente.

—¿Fifi? Esa pobre muchacha con la que Miller…

Lester no la dejó terminar. Dijo bruscamente:

—Sí.

—Sólo sé que Fifi es una de las razones por las que quiero ver a Miller muerto —murmuró ella con voz ronca—. Es la razón más importante, más decisiva. Nunca le perdonaré eso.

—Debemos evitar los actos impulsivos —dijo sin embargo—. Quizá todo tenga solución.

Caminaban entre los árboles.

Y de pronto ella se llevó las manos a la boca.

Estuvo a punto de lanzar un grito.

Sus ojos desencajados miraban hacia una de las ramas, de la cual colgaba un cuerpo humano.

—Fred… —balbució.

Lester miró también hacia allí, y sus nervios sufrieron una brutal sacudida.

Fred colgaba de una cuerda. Era el soldado que dijo querer entregarse, confiando en un juicio imparcial. No llevaba muerto ni siquiera media hora.

Lester ahogó una maldición.

Le pareció como si resonara dentro de su propio cráneo la voz de su hermana.

—Ése es el juicio imparcial que prometía Miller… Lo han

ahorcado a poco de entregarse… Eso es lo que harán con todos nosotros. ¿Y tú quieres que dejemos de luchar? ¿Y tú eres el que nos ha ofrecido esto?

A Lester se le había helado la sangre.

Y sentía al mismo tiempo como si un gas venenoso corriera por sus venas, abrasándolas.

Pero al mismo tiempo no quería hablar porque daba por descontado que los hombres de Miller estarían cerca.

No convenía hacer ningún ruido, llamar su atención.

—Vamos —bisbiseó—. Vámonos de aquí.

Pero en ese momento, antes de que ella pudiera responder, oyeron el chasquido de la palanca de un rifle al ser cargado.

Y una voz mimosa masculló:

—Muy bien, muchacho… Estupendo. Tú mismo la has traído aquí, para que hagamos justicia…

CAPÍTULO VIII

Otros chasquidos de palanca de rifle imitaron al primero. Lester se dio cuenta de que estaban rodeados por cinco hombres.

La primera voz insistió:

—Miller estará agradecido. Sabrá recompensarte, muchacho. Nunca hubiéramos pensado cazar a esa zorra con tanta facilidad.

Ella volvió la cabeza y miró a Lester.

Su hermosa barbilla temblaba espasmódicamente. Y Sus ojos miraban desencajados al hombre, como si vieran no a un ser humano, pero sí a un fantasma.

Él negó con la cabeza lentamente.

—No lo sabía —musitó—. Juro que no lo sabía.

—Perro traidor…

—Imaginaba que no habría nadie en las cercanías de esta casa.

Uno de los cinco hombres, un teniente de facciones duras y mirada viciosa, cortó el diálogo.

Puso su zarpa sobre la muchacha, mientras mascullaba:

—Tú, ven aquí.

—Un momento —dijo Lester.

Su voz, helada y metálica, hizo que el otro se detuviera.

—¿Qué pasa?

—Yo he venido aquí ateniéndome a unas promesas muy concretas —dijo Lester.

—¿Qué promesas?

—Tiene que haber un juicio imparcial para todos los que forman el grupo de sudistas.

—¿Pero qué dices? ¿Qué historia es ésa?

—Sólo se entregarán bajo tal condición.

—Ella no se ha entregado. Ella es nuestra prisionera, y por lo

tanto aquí no hay condiciones que valgan. Además…

Señaló al ahorcado con una sonrisa sardónica.

—Él también pedía no sé qué de un juicio imparcial —dijo—. Y se lo hemos hecho… entre todos. Ha resultado condenado a muerte. Descanse en paz.

Lester rechinó los dientes.

Ya no sentía frío en la sangre, sino un terrible, un insoportable calor.

—Tengo bastante —dijo.

—¿Bastante para qué?

—Para deciros una cosa por última vez: quiero ver al general Miller. Y quiero que me prometa un juicio con todas las garantías legales.

—Pides mucho, amigo.

—Pues aún pienso pedir más.

—¿El qué?

—Una cosa muy barata.

—No adivino lo que es. Anda, dilo.

Lester volvió a rechinar los dientes mientras mascullaba:

—Voy a pedir las pieles de cinco perros.

Y mientras hablaba, movió la mano derecha. Lo hizo con tan fulminante rapidez que nadie pudo prever lo que sucedería. Bruscamente su «Colt» se convirtió en una máquina de vomitar muerte.

Armados con los rifles, los nordistas no acertaron ni a moverse. No comprendían de dónde había salido aquella especie de huracán, aquel ciclón mortífero. Las balas picotearon en sus cuerpos como abejorros que se lanzan en picado sobre su víctima. Los cinco gritos se confundieron casi en uno solo. Lester no necesitó más que cinco balas.

Aún rechinaban sus dientes cuando envió la sexta a la cabeza del teniente, para asegurarse de que estaba muerto.

La mirada de la muchacha volvía a estar clavada en él, pero no como si viera a un hombre, sino a un fantasma.

—Ahora…, ahora has cometido la locura tú —dijo al cabo de unos instantes—. También estás condenado a muerte. Eres… uno de los nuestros.

—Yo no soy de nadie —masculló Lester—. Soy un hombre que

quiere arreglar las cosas a su modo. Y el modo es muy sencillo.

Volvió a extraer el «Colt» y se puso a recargarlo lentamente.

Ella le miraba como hipnotizada.

—¿Qué vas a hacer? —balbució.

—La cosa más sencilla y al mismo tiempo más complicada del mundo.

Chascó dos dedos y añadió:

—Buscar a Miller.

CAPÍTULO IX

Si el poco escrupuloso general no estaba en casa de los Lester, era lógico que estuviese en la ciudad de Dallas. Por lo tanto, el joven *sheriff* se dirigió hacia allí. En su cinto canana llevaba todos los departamentos bien repletos de munición y además un revólver cargado con seis balas, lo cual eran «razones» más que suficientes para que Miller se aviniera a actuar por la vía legal.

Su cerebro era un verdadero volcán donde los pensamientos se atropellaban unos a otros.

Ahora se daba cuenta de quién era realmente Miller. Uno de esos tipos que surgen a raíz de todas las guerras y que sólo piensan en darse la gran vida a costa de los muertos que consiguieron la victoria. Uno de esos hombres para quienes no existe el ideal, sea cual fuere el uniforme que se pongan. Y lo peor era que Miller, amparado por la impunidad de su cargo, había llegado más lejos de lo que un tipo de su calaña acostumbra a llegar.

Pero ahora todo había terminado.

La próxima palabra que dijera Miller sería teniendo ya un revólver entre la dentadura.

Llegó a Dallas ya completamente de noche. Pasó ante la comandancia, pero se dijo que Miller no debía estar allí. Sin duda tendría una residencia particular en la ciudad. ¿Modo de saberlo? Lo más sencillo era preguntar en un saloon.

Lester penetró en uno de ellos.

Todos estaban animadísimos. Las músicas, las canciones y, ¿por qué no?, las broncas, sonaban por todas partes.

El joven se acodó en la barra de uno de los saloons.

Buscó con los ojos a alguien que tuviera pinta de enterado, para preguntarle. Pero entonces notó algo sorprendente, y que en el

primer momento no entendió.

Todo el mundo se alejaba de él.

Todo el mundo se iba, de la barra.

Al quedar solo él allí, se dio cuenta, por las miradas de la gente, de que no era él el motivo de aquella especie de fuga. Simplemente la gente se apartaba del camino porque acababan de llegar tres tipos con los que, al parecer, nadie tenía ganas de tropezarse.

Eran altos, vestían de negro y llevaban los sombreros echados sobre los ojos.

Cada uno de ellos utilizaba dos revólveres, con los puntos de mira limados. Llevaban las fundas bien ajustadas por medio de unas correíllas.

Hasta un niño se hubiera dado cuenta de que eran pistoleros profesionales.

Pero la presencia de hombres así era normal en ciudades como Dallas, de modo que Lester siguió tan tranquilo. La cosa ni iba con él. No había motivo para alarmarse tanto.

Los tres hombres se detuvieron a poca distancia de los batientes, que oscilaban todavía.

Miraron por todas partes y al fin sus ojillos terminaron clavándose en Lester.

—Tú…

Lester movió apenas la cabeza.

—¿Qué hay?

—Largo de aquí.

—¿Y por qué?

—Nos gusta beber solos.

Lester se encogió de hombros.

—Bueno, no hay inconveniente.

Y fue a alejarse. Pero en ese momento otro de los tipos, dijo:

—Tú…

—¿Qué pasa ahora?

—No te quedes en el saloon. Lárgate.

Lester volvió a encogerse de hombros.

—Está bien, iré a otro.

E iba ya a dirigirse hacia los batientes, cuando la voz del tercero de los hombres sonó roncamente:

—Tú…

Lester se detuvo con las piernas entreabiertas. Ya empezaba a hervirle la sangre.

—¿Qué cuernos pasa ahora?

—Vas a beber con nosotros.

—¿Y si no quiero?

—¿No quieres? Je, je…

Lester se pasó la mano izquierda por la boca, mientras mantenía la derecha cerca de la culata.

—Me está pareciendo una cosa, amigos.

—¿Qué?

—Pues que estáis buscando un pretexto para el desafío. Y para matarme, naturalmente.

Los ojos de los tres hombres chispearon a la vez.

Lester se dio cuenta de que no había dicho ninguna barbaridad. No comprendía que podían tener aquellos tres desconocidos contra él, pero lo cierto era que estaban allí por su causa.

Uno de ellos murmuró:

—Puede que el chico tenga razón…

—Pero lo cierto es que nos está desafiando.

—Nosotros no hacíamos más que invitarle a beber…

—Somos unos buenos chicos.

—Y él, encima, va y se enfada.

—¿Qué hay que hacer en un caso así, muchachos?

—Yo le dejaría ir. Perdónale la vida.

—Hombre, eso no… Hay que darle un escarmiento.

—Le «marcaremos» un poco.

—Claro que si se pone tonto aún puede ser peor…

Lester asistía a aquel diálogo donde se estaba decidiendo su muerte, y que además constituía una burla.

Estaban tan seguros de matarle, que hasta ya se permitían bromear a costa de su pellejo.

Los clientes se habían apartado. Hasta los camareros de la barra estaban detrás de ésta. No quedaba nadie en el probable camino que seguirían las balas.

Lester murmuró:

—¿Quién os paga?

—¿Pagarnos? ¿Pero qué dices, muchacho? Hacemos esto porque nos gusta…

—O porque tú no nos gustas, que es distinto.

—Dejadme en paz —dijo Lester—. Dejadme en paz o puede que vuestras mamás, desde el cielo lo lamenten.

Los tres hombres se tensaron a la vez.

Aquello era un desafío en regla. Las cosas habían llegado a su punto crítico, ese punto desde el que ya no se puede volver atrás.

Se distanciaron un poco.

—Tú lo has querido, chico…

Lester sentía la boca terriblemente seca.

No tenía miedo, y jamás se había sentido tan dueño de sí mismo. Pero la inminencia de la muerte hacía que vibraran todos sus nervios.

Susurró:

—Adelante…

No hacía falta decirlo. Los tres hombres se estaban moviendo ya.

Lo hicieron con la tranquilidad del que se sabe seguro. Del que va a ejecutar simplemente a un condenado a muerte.

Pero el «condenado» demostró que quería vivir. Lester fue tan rápido, tan increíblemente rápido, que los otros creyeron estar viviendo una alucinación. Sólo el de la extrema derecha consiguió disparar, pero cuando ya la bala de Lester, le había perforado el hígado. Los otros dos estaban muertos antes de apretar los gatillos.

Lester disparó de nuevo contra el que no había aún muerto.

Se oyó un alarido.

Al herido dejó de dolerle el hígado cuando una bala le atravesó de repente el cráneo.

Luego el joven *sheriff* guardó tranquilamente su revólver.

Todo el mundo estaba pasmado, petrificado. Todos los hombres parecían haberse convertido en estatuas de cera.

Hasta que alguien balbució:

—¿Sabe quiénes eran esos tipos?

Lester se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Habían impuesto su ley en esta parte de Texas. Eran los tres peores pistoleros de la ciudad.

—Pues yo no les conocía.

—¿Entonces por qué han ido contra usted?

—Eso me gustaría saber. Los registraré por si acaso.

Y Lester se inclinó sobre ellos, hurgando en sus bolsillos. Obtuvo unos documentos personales, tres bolsas de tabaco, las dos ligas de una chica, unos pañuelos sucios y unas cajas de fósforos, además de unas monedas. Todo ello no le llamó en absoluto la atención. Pero lo que sí se la llamó fueron los tres fajos de billetes que llevaban aquellos tipos, exactamente de mil dólares cada uno. Los billetes eran nuevos, impecables, como acabados de imprimir. Y aún estaban envueltos en una faja de color rosa, donde se leía:

«Pagaduría militar de los Estados Unidos»

El joven sopesó pensativamente los tres fajos.

Todo aquello le decía más cosas que si los tres asesinos se hubieran puesto a cantar una ópera.

Miró en torno suyo.

—Supongo qué no estará el *sheriff* por aquí —dijo—. Ni el juez. ¿Pero no habrá al menos un notario?

Un tipo bien vestido, con una pequeña barbita blanca, se levantó de una de las mesas.

—Yo soy el notario de Dallas —declaró—. ¿Qué ocurre?

—Quiero darle estos fajos de billetes.

—¿Para qué?

—Los custodiará y será responsable de ellos. Y levantará acta debidamente firmada, explicando en ella que me ha visto sacar este dinero de los tres cadáveres que ahora están ante sus ojos. O sea que ellos lo llevaban y que además me provocaron.

El notario asintió.

—Cierto. Yo todo eso lo he visto.

—Pues tome los billetes.

—¿Y qué quiere probar con ello?

—Lo sabrá a su tiempo. Por el momento limítese a escribir lo que ha visto. ¡Ah…, puede cobrar sus honorarios del dinero que hay ahí! Le aseguro que los billetes son legítimos.

El notario los olió.

—Desde luego. Son de los que se emplean para pagar al ejército… Con eso no se juega.

Pero Lester ya no había oído el último comentario.

Acababa de salir.

Una tempestad de pensamientos volvía a bullir en su cráneo, pero ahora los pensamientos eran muy concretos. Ahora sabía quién era el que había pagado a los tres pistoleros para que lo matasen.

Sólo el general Miller podía disponer con tranquilidad de los fondos militares, cuya falta le sería fácil justificar, gracias a su rango, hasta sustituir aquel dinero por otro.

Eso significaba que el general Miller sabía ya de qué lado estaba él.

Y que lo había condenado a muerte.

CAPÍTULO X

Fue solo el instinto lo que le llevó aquella noche, a través de la llanura solitaria, en dirección Este, hacia las tierras donde él nació y pasó su niñez.

Cuando llegó a ellas, estaba amaneciendo.

Vio que los cadáveres habían sido retirados, señal de que los hombres de Miller habían pasado por allí. Ésa debía ser la causa de que ya supiera de qué lado estaba Lester.

El joven se sentía muy cansado después de la galopada. También lo estaba su caballo, de modo que resolvió dejarlo libre y él se introdujo entre la vegetación cercana a la casa, donde se tendió y quedó dormido. Los ojos se cerraron casi en contra de su voluntad, pero su fatiga fue más fuerte que todo.

Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto.

Un silencio angustioso, casi solemne, envolvía a la casa.

Miró por entre los arbustos y no vio a nadie. El peligro que más le preocupaba, que era la llegada de alguna patrulla nordista, no se realizaba por el momento.

El silencio era espeso, viscoso.

Hasta que fue roto por una canción.

Era una canción triste, lánguida, que le recordaba a Lester no sabía qué músicas lejanas de su infancia.

Avanzó hasta el porche, hasta ver a Fifi. Ella estaba sola. Provista de un trapo, quitaba meticulosamente el polvo a una de las puertas. Se la veía tan absorta que no se dio cuenta de que Lester avanzaba hacia allí. Al descubrirle y volverse, lanzó un débil gemido.

Lester murmuró:

—No se intranquilice.

Ella sonrió al reconocerle. De entre sus labios se escapó un suspiro de alivio.

—Ah, es usted…

—Creí que estaba fuera, Fifi.

—Sí, sí, señor. Estaba en Dallas… en un hotel.

—¿Y por qué no está ahora allí?

—Me he escapado.

—¿Ha escapado de las garras de Miller?

Ella no contestó.

Se la veía asustada ante aquella acción que aún no debía comprender ni cómo se había atrevido a realizar.

Lester se alegraba, se alegraba hasta el fondo de su alma de que ella, al fin, hubiera conseguido librarse —aunque sólo fuera de momento—, de aquella odiosa tiranía. Pero para no intranquilizarla, habló de otra cosa.

—Me gusta la canción que cantaba —dijo.

—¿Es que la conoce, señor?

—Me recuerda mi niñez.

Y de pronto musitó, extrañado:

—¿Cómo la ha aprendido?

—No lo sé.

—¿Es que la ha sabido siempre? ¿También la conocía desde que usted era una niña?

—Seguramente sí. No lo he pensado.

—¿Quién se la enseñó?

—No sé. Seguramente es una canción que hace tiempo cantaba todo el mundo.

Lester asintió pensativamente.

—Sí… Tiene que ser eso. Hasta yo mismo creo recordarla. ¿Y sabes otras canciones de aquella época?

—Muchas.

—¿Por ejemplo…?

Ella vaciló. Pareció como si fuera a tararear una. Vaciló y al fin terminó susurrando, dándose por vencida:

—Pues…, pues ahora no me acuerdo.

—Las has olvidado, ¿verdad?

—Debe ser eso, señor. Pero si a usted le gustan las viejas canciones, trataré de recordarlas.

Era tan sencillo, tan sincero y tan humilde su deseo de agradecer, que Lester se sintió conmovido.

Poco a poco su derecha ascendió y acarició aquellos cabellos suaves que le caían a la muchacha sobre los hombros.

Ella temblaba, como un pajarillo apresado.

Pero no se atrevía a decir nada.

Al fin balbució:

—Por favor, señor…

—Los hombres te damos miedo, ¿verdad?

—De… déjeme…

—No te preocupes. Yo soy como un amigo tuyo, ¿sabes? Antes vivía en esta casa.

—¿Usted…?

—Sí. Con mis hermanos. Con Stella y Donald.

Chascó los dedos y de repente musitó:

—Quizá los conociste.

—¿Stella y Bob?

—Sí. Lástima que me hayan quitado unas fotografías que llevaba de ellos. Hubieras podido verlos.

Ella vaciló otra vez.

Sus ojos se nublaron y de repente, cubriéndose la cara con las manos, se echó a llorar.

Lester no lo comprendía.

Se daba cuenta de lo terriblemente desgraciada que era aquella muchacha, pero no llegaba a comprender el porqué de ese repentino llanto.

—¿Qué te sucede? ¿Te he hecho recordar algo que no querías?

—No… No es nada.

—¿Quizá Bob te hizo algún daño?

—No, no me hizo ningún daño. Es que…

Y volvió a cubrirse de nuevo el rostro con las manos, mientras su llanto se hacía más intenso y más amargo. Lester se dio cuenta de que era imprudente seguir hablando ahora de la vida anterior de la muchacha. Por eso murmuró:

—Vamos a hacer una cosa, Fifi. Tú no puedes seguir en esta casa.

—¿Por qué?

—Es natural que Miller venga a buscarte aquí. Y si te encuentra

no imagino lo que puede suceder. O, mejor dicho, lo imagino demasiado.

—Eso es cierto. Y no quiero volver a caer en sus manos nunca más. Nunca más… Creo que antes desearía mil veces la muerte.

—Pues entonces vámonos cuanto antes de aquí.

—¿Adónde?

—Mi hermano Bob tiene un refugio que no está demasiado lejos. Allí te encontrarás segura de momento.

—Tu hermano Bob…

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que te recuerda ese nombre?

—Nada… Pero me parece ver a Bob otra vez. Quizá sea una tontería. Pero es como si estuviera otra vez ahí… ¿Ves aquel árbol de tronco rugoso? Siempre que pasaba le pegaba un puñetazo. Decía que eso endurecía los nudillos. Durante años le vi hacerlo…

—¿Es que tú vivías aquí?

—Claro…

Lester iba a preguntarle algo más, por ejemplo, si pertenecía a la servidumbre, pero en ese momento ocurrió algo que le hizo pensar en cosas mucho más urgentes.

Se oía el trotar de varios caballos que se acercaban rápidamente a la casa.

—Parece que el general Miller se ha dado mucha prisa —masculló—. Vamos a tener jaleos.

Tiró de la muchacha, para atraerla hacia sí, y silbó dos veces, de una manera especial, a fin de llamar la atención de su caballo.

Éste emergió por entre los pequeños árboles que había al oeste de la casa.

Lester masculló, como si el animal pudiera oírle:

—¡Demonios, date prisa! ¡Se nos están echando encima!

En efecto, el trote de los caballos se oía cada vez más cercano.

Iban a dar ya la vuelta por la esquina de la casa.

Lester tomó a Fifi por la cintura y saltó.

Unos segundos después estaban ambos sobre la silla del caballo. Lester picó espuelas e hizo doblar al animal la esquina de la casa, por el lado opuesto a aquél por donde llegaban sus enemigos.

Mientras éstos aparecían, él desaparecía.

No llegaron a verse.

Una voz masculló:

—¡No hay nadie!

—¡Pues a mí me ha parecido oír un caballo!

—¡Y a mí un silbido!

—¡Tonterías! ¡Registrad la casa! ¡Un par de vosotros subid a los tejados inmediatamente!

La orden fue cumplida. Desde los tejados se apreciaba una considerable extensión del valle, comprendidos los pequeños senderos que salían de él.

Eso fue lo que les permitió ver a Lester, que aún no había tenido tiempo de llegar a las zonas donde la vegetación era más espesa.

—¡Eh! ¡Allí!

—¿Qué pasa? —gritaron desde abajo.

—¡Son un hombre y una mujer en un solo caballo! ¡Están a cosa de media milla!

—¡Vamos por ellos! ¡Todos abajo!

Lester no había oído las voces, pero daba por descontado que todo eso tenía que suceder.

Era evidente que llegarían a verle.

Por eso no se sorprendió cuando minutos después, en el sendero, oyó el silbido de unas balas de rifle que pasaban muy altas por encima de su cabeza.

—Creo que vamos a tener, fiesta, muchacha —murmuró.

Picó espuelas de nuevo, para sacar al caballo la máxima velocidad posible, pero no se hizo demasiadas ilusiones. Su corcel tenía que soportar el peso de dos personas, y eso minaría su resistencia poco a poco.

Volvió la cabeza para ver a sus perseguidores.

Éstos aún se encontraban a una media milla, pero irían reduciendo la distancia. Lo que más llamó la atención de Lester, sin embargo, fue el hecho de que no llevaran uniforme. Por lo visto Miller ya había decidido prescindir de todo legalismo. Sus hombres de confianza eran vulgares pistoleros que se ponían el uniforme sólo cuando convenía. Y ahora, para lo que iban a hacer, no les convenía llamar la atención como soldados del Norte.

Lester buscaba desesperadamente una salida.

No podía seguir con aquella carrera inútil. La distancia que le separaba de sus enemigos se iba acortando insensiblemente, y como llevaban buenos rifles, terminarían alcanzándole con alguna bala.

Antes de que eso ocurriera, tomó una decisión.

En un recodo, donde por el momento quedaba oculto a la vista de sus enemigos, saltó del caballo.

Había allí unas rocas, y se parapetó tras ellas en compañía de la muchacha.

—Ahora vas a huir, Fifi —musitó—. Vas a huir lo más aprisa que puedas.

—¿Pero adonde?

—Creo que sólo hay un sitio donde no se les ocurrirá buscarte: la casa de la que acabamos de huir.

Hizo un gesto con el revólver, señalando un sendero que corría tras ellos.

—Por ahí llegarás sin que te vean. No pierdas un minuto.

—Y usted…

—Yo les haré frente. Te atraparían en un momento, si alguien no te cubriese la retirada.

—Pero…

—No hablemos ahora, Fifi. Date prisa. Y no te preocupes por mí porque sé defenderme.

—¿Dónde nos reuniremos?

—Yo iré a buscarte cuando pueda.

Ella asintió.

Y de pronto se escabulló como una gacela, saltando por entre las rocas.

Lester oía ya el galopar de los caballos de sus enemigos.

Y de pronto aparecieron por el recodo. Eran siete. Llevaban buenos rifles y se les veía dispuestos a todo.

El que parecía capitanearlos, masculló:

—¡Quietos!

Estaban desorientados al no ver a los fugitivos. Pero de pronto uno de ellos señaló el caballo que se distinguía a lo lejos.

—¡Allí!

—¡Va solo!

—¡Tienen que estar por aquí! ¡Hay que buscarlos!

Lester dijo entre dientes:

—No vais a tener que buscar mucho, condenados.

Apretó el gatillo dos veces, con mortal precisión. Los dos hombres que estaban más cerca saltaron fulminados de sus caballos.

Los otros cinco reaccionaron a tiempo. Lanzaron una verdadera andanada contra la roca que servía de protección al joven.

—¡Pie a tierra!

—¡A dispersarse!

Lester cambió de posición inmediatamente. Si se estaba quieto en un mismo sitio, terminarían acribillándole.

No hizo fuego para no revelar su nueva posición. Sus enemigos, que eran expertos en aquella clase de luchas, tampoco se precipitaron.

Pero eso convenía a Lester, porque mientras tanto Fifi tenía tiempo para alejarse de allí.

Al fin oyó un crujido en unas rocas que estaban casi sobre su cabeza.

Se revolvió a tiempo, colocándose en la posición de un gato panza arriba. El revólver vomitó plomo cuando ya su enemigo, en una posición ideal, iba a apuntarle con el rifle.

Lester se pasó la mano izquierda por la boca.

Ya sólo quedaban cuatro.

Rodó por encima de las piedras, para cambiar otra vez de posición, mientras los hombres de Miller lanzaban una retahíla de maldiciones en voz alta.

Aquello fue una imprudencia, porque Lester los pudo situar más o menos. Y cuando uno de ellos se movió, el revólver ya estaba apuntando hacia aquella zona.

—Se oyó un alarido, mientras el proyectil atravesaba una cabeza.

Lester masculló para sí mismo:

—Tres…

Pero esos tres enemigos no habían perdido el tiempo, y mientras él disparaba, uno de ellos se había colocado en posición ideal para batirle.

A espaldas de Lester, lo tenía encañonado con el rifle, sin que el joven pudiera hacer nada para defenderse.

Fue a apretar el gatillo.

Y de pronto, una bala le hizo volar el sombrero, rozándole la cabeza.

Dos hombres y una mujer, montados a caballo, habían aparecido en lo alto de un promontorio. Sus rifles aullaban como tres perros

rabiosos. El que estaba apuntando a Lester sintió que su arma volaba por los aires, y aún pudo estar contento de que la cosa terminara en eso.

Dio un salto y se hundió entre los peñascos, buscando huir de allí como fuese.

Los otros dos también comprendieron que la situación se había vuelto del revés. Y saltaron hacia sus caballos, sin preocuparse de otra cosa que de cubrirse la retirada con una lluvia de balas disparadas hacia atrás y de cualquier manera.

Lester vació el tambor de su revólver, pero desde su nuevo puesto ya no pudo dominar el sendero por el que huían. Las balas se perdieron inútilmente.

Los tres jinetes que le habían salvado descendieron lentamente. Lester reconoció a su hermana. Los otros dos eran sudistas de los que formaban su grupo.

Ella movió secamente la palanca del rifle antes de meterla en la funda de la silla.

Y otra vez, viéndola así, Lester se dijo que era un magnífico ejemplar de mujer. Se sintió orgulloso de que fuera su hermana, pero al mismo tiempo palpitaba un dolor recóndito en él: era el dolor secreto de no poder mirarla como a las demás mujeres.

—Si llegáis un segundo más tarde no lo cuento —arguyó.

—Pues ha sido casualidad. Íbamos de patrulla cuando hemos oído los disparos.

Descabalgó del caballo y se acercó a él.

—¿Quiénes eran ésos? Iban de paisano…

—Hombres del general Miller.

—Se han quitado la careta, ¿eh? Ya no se atreven a usar el uniforme y obran como vulgares pistoleros.

—Exacto. Y me temo que las cosas van a ponerse peor que nunca, pero he tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—Denunciaré a Miller, y si es preciso lo mataré.

—¿Y ante quién vas a denunciarlo? Él es el general jefe de toda esta zona.

—El coronel Stanley está facultado para tramitar una denuncia de esa clase. Y si no lo hace…, hablaré con el gatillo.

—Tengo pocas esperanzas en esa clase de legalidad —murmuró

ella.

—Pues es el único camino. No sólo para eliminar a Miller, sino para que vosotros seáis perdonados.

—¿Perdonados? No me hagas reír.

—Soy un agente designado especialmente para resolver esta cuestión —dijo Lester—. Puedo hacer más cosas de las que vosotros creéis.

Ella se encogió de hombros.

—No me hago ilusiones, pero ya hablaremos de eso. Lo importante es que ahora no podemos seguir aquí.

—¿Crees que esos tres hombres irán a pedir refuerzos?

—Estoy segura. Y no pasará ni una hora sin que se presente aquí un escuadrón de caballería.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Volvemos a vuestro refugio?

—Hay un sitio mejor. Nuestra antigua casa.

—¿Tú crees? —musitó Lester.

—Estoy segura. Nos buscarán en todas partes menos allí. Hemos empleado ese sistema otras veces.

—Está bien; vamos.

—Bob, que está patrullando en otro lugar, se reunirá con nosotros —dijo ella—. Hemos acordado que el punto de reunión sería nuestra vieja casa.

Lester pensó que allí encontrarían también a Fifi, de modo que asintió. Todo aquello le parecía una buena idea.

De todos modos, aún le quedaba una duda muy importante que resolver. Y la planteó después de vacilar unos momentos.

—Stella…

—¿Qué quieres ahora?

—¿Has hablado con Bob?

—Sí. Él ya sabe que somos hermanos.

—¿Y qué piensa?

—No hemos resuelto nada aún. Supongo que querrá tener un cambio de impresiones contigo.

—Entonces, vamos.

—¿Y tú caballo? —preguntó ella.

—He tenido que dejarlo escapar para desorientar a esos tipos, Y encima no lo he conseguido… Supongo que volverá, si no encuentra por ahí una yegua que le guste.

Ella lanzó una carcajada.

Tenía una risa sana, alegre, fuerte, que despertaba la admiración de Lester sin que éste pudiera evitarlo.

—Sube a mi caballo —dijo.

—¿Al tuyo?

—¿Y por qué no?

—Es que tendremos que ir… muy juntos —farfulló Lester.

—Pero eres mi hermano, ¿no?

Lester tragó saliva.

—Hacía demasiados años que no nos veíamos —musitó—. Tienes que perdonarme esos pequeños remilgos.

Y subió al caballo ágilmente. Ella se había colocado a la grupa, para hacerle sitio.

Lo abrazó por la espalda.

Lester sintió un temblor que no podía evitar, mientras hacía esfuerzos terribles para disipar todos sus pensamientos.

—Adelante —dijo ella.

Mientras el caballo echaba a andar sin demasiado entusiasmo, Lester murmuró:

—Es… es incomprensible.

—¿El qué es incomprensible?

—Que no recuerde a Bob.

—¿Y a mí? ¿Me recuerdas?

—Tampoco, pero tu caso es distinto. Eras una chiquilla cuando me marché de aquí, y una mujer cambia tanto en sólo dos años que se expone a no reconocerle ni su propia madre. En cambio, Bob era ya un hombre. No puede haber cambiado mucho.

—Pero han pasado cinco años, y todos hemos sufrido en ese tiempo lo que no se puede ni describir.

—Aun así…

Ella hizo su abrazo más fuerte, mientras sus ojos se volvían turbios.

—Dejemos eso —murmuró—. No están los tiempos para discutir ahora. Hala, espabila a ese caballo. A ver si aprieta un poco…

Capítulo XI

En efecto, Bob ya debía haber llegado allí, porque junto a la casa se veían dos caballos. Antes de aparecer ellos, la muchacha lanzó al aire unos silbidos que parecían realmente propios de un pájaro.

Desde la casa le respondieron, y entonces el pequeño grupo se hizo visible.

Dos hombres aparecieron en el porche. Lester descabalgó, mientras miraba fijamente a uno de ellos.

—Bob…

El aludido avanzó unos pasos. Y estrechó la mano que Lester le tendía, aunque sin abrazarlo. El gesto que el joven iniciaba en ese sentido, quedó como cortado en seco.

—Stella ya me ha hablado —dijo el otro—. Es una situación que me deja muy confuso.

—No he venido aquí para daros sorpresas —dijo Lester—, sino para trabajar en vuestro favor. Miller ya se ha dado cuenta de que la investigación que yo llevo se ha vuelto en contra suya, y trata de matarme por todos los medios. Antes de que lo consiga quiero hablar con el coronel Stanley y presentar una denuncia en regla.

—Perderás el tiempo.

—¿Por qué?

—¿Qué pruebas tienes?

—Una muy contundente: el dinero que pagó a tres asesinos para que me eliminasen anoche. Está en manos de un notario y tiene aún el membrete de la pagaduría militar, que está a cargo del general. Eso y mi declaración bastará para que le sustituyan y encima le caiga una montaña de años de cárcel.

—Cierto… Con una prueba así, el general podría caer. Pero eso sólo en teoría. En la práctica, no me fío de nada.

—Si él se fuese al infierno, ¿vosotros entregaríais las armas?

—Hemos luchado contra Miller más que contra el Norte. Si Miller desaparece, gran parte de nuestros motivos de odio desaparecen también.

Lester hizo crujir los nudillos. Por primera vez empezaba a sentirse un poco optimista.

—Hablaré de todo eso con Stanley —dijo.

Mientras conversaban, los dos hombres habían ido caminando uno al lado del otro, alejándose un poco de la casa. Y entonces se dio cuenta Lester de que estaban junto a un viejo y grueso árbol de tronco muy rugoso.

Recordó lo que le había dicho Fifi.

«Bob siempre daba un puñetazo al tronco rugoso de aquel árbol. Decía que así se le endurecían los nudillos. Durante años estuvo haciendo eso».

Lester se detuvo.

Sus ojos se achicaron, mientras una desconocida emoción le invadía y le hacía sentir una especie de frío.

¿Pegaría Bob un golpe al tronco de aquel árbol? ¿Haría lo que durante tantos años hizo?

Él sabía lo que cuesta prescindir de esas costumbres, de esos actos habituales que uno realiza ya maquinalmente, sin llegar a darse cuenta.

Por eso esperó a que su hermano lo hiciera.

Pero el otro pasó junto al árbol sin prestarle la menor atención, sin tan siquiera mirarlo.

Al contrario, despertó su interés el hecho de que Lester se hubiera detenido.

—¿Qué te pasa? —murmuró.

—Nada… y mucho.

—A ver, explícate.

—¿No te recuerda nada ese árbol?

—¿Éste?

—Sí.

—¿Y qué cuerno va a recordarme?

Lester estaba inmediatamente pálido. Y de pronto aquella especie de llamarada creció en él, le llenó el pecho, se hizo irresistible. Casi sin darse cuenta se encontró zarandeando al

hombre qué tenía frente a él. Le sujetó por la camisa, levantándole casi en vilo.

—¡Condenado! —mascullό—. ¡Ya me extrañaba a mí no reconocerte! ¡Tú no eres mi hermano! ¡No lo has sido nunca…!

—¿Pero qué dices?

—¡Eres un inspector, un…!

Y de pronto quedó helado, paralizado.

Soltó aquella camisa, que en parte se había desgarrado a causa de la fuerza de sus puños.

—Perdona… —balbució.

—¿Pero qué infiernos te pasa…?

Lester miraba aquello con los ojos desencajados. El viejo sueño que tantas veces le atormentó volvía a él. Ese sueño en el que se veía a sí mismo defendiendo una posición cercada e hiriendo en el pecho a un jinete que llevaba la bandera del Sur. Un jinete que no era sino su propio hermano.

Él sabía que no era sueño, sino un episodio doloroso de la vida real, que había tratado de olvidar, pero que muchas noches volvía a él en forma de una condenada pesadilla.

Y ahora veía la cicatriz en aquel pecho.

La cicatriz que su propia bala causó.

—Pe… perdona —repitió sin fuerzas.

—¿Pero qué te pasaba? ¿Te habías vuelto loco?

—Tal vez sí… Hay momentos en que un hombre debería romperse la cabeza antes de hablar.

—¿Dudabas de que fuera tu hermano?

—Por favor, Bob… Me avergüenzo de todo lo ocurrido. Deja que me vaya inmediatamente de aquí. Quiero ver a Stanley.

—Como tú quieras. Nosotros trataremos de aguardarte en esta casa. No creo que nadie venga a buscarnos por el momento.

Lester se alejó presurosamente.

Se sentía avergonzado y no tenía ganas de decir una sola palabra más.

Buscó con los ojos un caballo, pero todos parecían haber desaparecido. Era una precaución elemental para que nadie supiera que había gente en la casa. Pero él necesitaba uno para viajar hasta Dalias, y no sabía dónde hallarlo.

Dobló la esquina.

Y vio a la muchacha que estaba cepillando uno con mucha suavidad. Los labios de Lester se entreabrieron apenas para balbucir:

—Stella…

Ella alzó la cabeza.

—Ha habido dificultades, ¿eh?

—¿Lo has visto todo?

—Sí.

—Me siento avergonzado de mí mismo —dijo Lester, hundiendo la cabeza.

Ella le miró significativamente, mientras en silencio seguía cepillando al caballo.

Cada movimiento, cada gesto, hacía más patentes sus juveniles curvas, la belleza sana, pletórica de su cuerpo.

Lester cerró los ojos.

Y fue así como llegó hasta él aquella voz.

—Entonces también habrás desconfiado de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Habrás pensado que no soy tu hermana.

—Pues…, pues tal vez.

—Un mal trago para ti, ¿no?

—No te lo puedes ni imaginar.

—Es que a lo peor —dijo ella lentamente, dejando caer las palabras una a una—, te parezco bonita.

Él no contestó.

Sentía como si hasta el ritmo de la respiración se le hubiera cortado de repente.

—Debe ser una situación muy molesta —dijo ella—. Parecerte bonita y dudar de que sea o no tu hermana.

Él tragó saliva penosamente.

—Cierto. Es una situación muy molesta.

—Pero habrás tenido que aguantarte.

—No me ha quedado otro remedio.

Ella dejó el cepillo lentamente.

—No creas. También para mí ha sido molesto —declaró.

—Sentiría… haberte importunado en cualquier sentido. Te juro que habrá sido sin darme cuenta.

—No, no lo digo por eso. Al contrario, reconozco que has sido

un chico muy discreto.

—¿Pues entonces por qué lo dices?

—Hum… Tú tampoco estás mal como hombre. Y a una no le gusta tener dudas raras en ese aspecto.

Lester hundió la cabeza. Sentía calor en la sangre y no sabía explicarse por qué.

—Toma mi caballo —dijo ella—. Supongo que vas a Dallas.

—Sí.

—Móntalo. Es una buena pieza. Pero ten cuidado con Stanley.

—¿También es un granuja?

—Nosotros lo tenemos por un soldado honrado, cumplidor de su deber. De todos modos no te fíes de nadie.

Lester musitó:

—De nadie…

No sabía la razón que tenía con aquellas dos palabras.

Porque en aquel momento, desde una de las puertas de la casa, que acababa de entreabrirse, un revólver le apuntaba directamente al centro de la cabeza.

Capítulo XII

La muchacha dijo, al verlo montar:

—Cuidado con la silla. Me parece que una de las cinchas está floja.

En efecto, Lester resbaló al ceder un poco la silla. Otro hubiera caído a tierra, pero él sólo sufrió un traspiés.

En aquel momento no podía ni imaginar remotamente que eso le salvaba la vida.

La bala le rozó los cabellos, haciendo volar su sombrero. De no producirse aquella leve pérdida de equilibrio, le hubiera atravesado la frente.

Dejándose caer a tierra, Lester disparó entre las patas del caballo. La puerta tras la que acababan de hacerle fuego quedó materialmente acribillada.

Un corpachón enorme resbaló, rompiendo la hoja de madera. Lester terminó de abrirla de un puntapié. Quedó lívido al ver la cara ensangrentada del gigante con el que le obligaron a medirse el primer día, al que había dejado K. O. con la mandíbula medio rota.

La muchacha se había llevado ambas manos a la boca, con gesto de asombro y consternación a la vez.

—No sabíamos dónde estaba —musitó—. Creíamos que había ido a que le atendiese un médico. Pero por lo visto te preparaba una trampa.

—No ha sabido perdonar —respondió Lester sombríamente.

—Espero que en el juicio final sepan perdonarlo a él —susurró la muchacha—. Lo enterraremos.

Y el asunto quedó liquidado. En Texas un hombre sólo tenía importancia mientras contara con fuerzas para sostener un revólver o con hombres que lo sostuvieran por él. Después lo máximo que le

concedían era una cruz sobre su fosa.

Lester montó a caballo, tras ajustar bien la cincha que curiosamente le había salvado la piel.

Y mientras se alejaba al galope, recargó el revólver silenciosamente.

No había avanzado media milla cuando tropezó con alguien que caminaba por un sendero en dirección a la casa. Fifi volvía.

El joven sonrió, al verla sana y salva.

Por unos momentos había llegado a olvidarla, pero en realidad estaba preocupado por ella.

—Fifi… ¿No has tenido ningún tropiezo?

—Ninguno, señor.

—¿Cuándo dejarás de llamarme «señor»? ¿Y cuándo vas a reír como las demás chicas?

—Esta mañana estaba cantando —dijo ella—. No había cantado en mucho tiempo. Desde que no veo a Miller me…, me siento mejor.

Y añadió, sin estar demasiado convencida:

—Quizá, con el tiempo, logre volver a reír.

—Yo estoy seguro de que ocurrirá así, Fifi. Completamente seguro.

Ella le miró. Y como un anuncio de que tiempos mejores se aproximaban, logró separar sus labios en una sonrisa.

Lester sonrió también.

No sabía por qué, pero aquello le producía un gran bien, una satisfacción indefinible, casi una borrachera, como si en la sangre le hubieran disuelto algún licor mágico.

—He estado pensando en las viejas canciones que cantaba antes, cuando era sólo una niña —dijo Fifi—, pero no he recordado ninguna, Y lo peor es que la que más cantaba antes la tengo ahora en la punta de la lengua.

—No te preocupes por eso; ya te acordarás.

—Es que me gustaría cantártela precisamente a ti.

Lester lanzó una carcajada.

—Todo llegará —dijo—. Precisamente voy a Dallas para que las cosas se resuelvan. Y ahora vuelve a la casa. No conviene que puedan encontrarte por aquí.

Desde lo alto del caballo le acarició otra vez el suave y sedoso

pelo, sin que ahora ella hiciera la menor resistencia, y luego siguió su camino hacia Dallas.

Le aguardaba allí una difícil gestión. Una gestión que quizá tendría que culminar a golpes de gatillo.

Stanley estaba en su despacho aún. Parecía un hombre infatigable, de los que se toman en serio su trabajo. Frío y distanciante como siempre, ni siquiera pestañeó durante todo el relato que Lester hizo.

Sólo al final arrugó el ceño.

Diríase que todo aquello le contrariaba y que hubiera deseado no oírlo. Pero en realidad resultaba muy difícil adivinar lo que pensaba un tipo tan helado como él.

—Usted cometió una falsedad —dijo al fin—. Me aseguró que se llamaba Foster.

—No quería que se supiera, al principio, que yo era hermano de los Lester. Eso cambiaba mucho las cosas.

—¿Y dice que tiene pruebas de que Miller contrató a tres pistoleros para matarle a usted, un agente especial del Gobierno?

—Así es. Pregunte al notario de Dallas.

—Eso puede ser algo definitivo. Su declaración, junto con la prueba de que acaba de hablar, hunde al general Miller. En esas condiciones creo que tengo autoridad para detenerlo.

—Hágalo. No lo piense ni un minuto.

—De acuerdo, vamos.

Iba a levantarse cuando Lester le detuvo con un gesto.

—Un momento, coronel.

—¿Qué ocurre?

—He hecho una declaración que su secretario ha ido copiando. Creo que es necesario que la firmemos los dos y la envíe por correo a Washington.

—¿Con qué objeto?

—Así queda formalizado todo y adelantamos un trámite que de una forma u otra hemos de realizar.

Stanley torció el gesto.

—Me gustaría tener también la declaración de Miller —dijo.

—Tiempo habrá para eso. De momento adelantamos el trabajo.

—Muy bien… Usted es agente especial y no puede negarse. Cursaremos la denuncia.

Miró a su secretario, que era un sargento.

—¿Está apuntado todo?

—Sí, coronel.

—A ver. Lea, Lester.

Lester leyó y comprobó que todo correspondía, más o menos, a lo que él había dicho. Aquel documento causaría en Washington el mismo efecto que una bomba en el buen sentido de la palabra.

Firmó.

—Ahora usted, coronel.

Stanley estampó también su firma y luego entregó el documento a su secretariado.

—Cuide de que esto salga inmediatamente para la Secretaría de Guerra en Washington. Usted es el responsable.

—Sí, coronel.

—Y ahora vamos.

Stanley se ciñó el cinto con el revólver reglamentario y salieron los dos.

Las calles estaban bastante tranquilas a aquella hora. Lester observó que Stanley se dirigía sin vacilar en una determinada dirección.

—¿Sabe dónde encontrar a Miller?

—Claro que sí. Tiene un piso alquilado para él solito en el hotel Palace. Ha de estar allí forzosamente.

—Lo celebro. Temí que hubiéramos de buscarlo por toda la ciudad.

—Miller, por la importancia de su cargo, no puede fugarse. Lo más fácil es encontrarlo; lo difícil será detenerlo.

El joven acarició maquinalmente la culata del revólver.

—Tengo un «amigo» que convence a cualquiera —arguyó.

—Y yo también estoy dispuesto a moverme —declaró Stanley—. Lo que me ha contado del general me ha revuelto la sangre.

—¿No sospechaba nada?

—Claro que sospechaba. Sobre todo, sabía que era un absoluto inmoral en cuestión de mujeres, pero en el tiempo en que vivimos a eso no se le da demasiada importancia.

Llegaron al Palace.

Stanley entró allí con la mayor naturalidad, pues por su cargo debía visitar al general con frecuencia. Subió al piso superior, que

estaba lujosamente alfombrado de rojo.

Llamó a uno de las puertas.

—Adelante —dijo una voz.

Lester la reconoció enseguida.

Era la voz de Miller.

CAPÍTULO XIII

Nunca creyó que las cosas fueran tan sencillas. Estaban marchando a pedir de boca. Creyó que Miller habría huido y que Stanley pondría reparo a la detención. Pero resultaba que Miller estaba allí y que Stanley se transformaba en un colaborador entusiasta.

El coronel abrió la puerta.

Miller estaba en el centro de la habitación, sentado en una butaca de piel negra, vestido de paisano. Sobre sus rodillas descansaba un periódico de la ciudad. A un lado de la habitación, en un cuartito contiguo que tenía la puerta abierta, se oía canturrear a una chica.

Aquello no tenía, desde luego, el aspecto severo que debe tener la habitación de un general, aunque éste haya decidido prescindir del uniforme.

Sobre otra butaca descansaba un vestido de mujer, y en el alféizar de la ventana estaban colgadas unas medias.

Miller entrecerró los ojos al ver a Lester allí. El odio chispeó en sus pupilas. Pero fuera de eso no se alteró, así como tampoco despegó los labios.

—¿Qué pasa? —masculló al cabo de unos instantes, en vista de la presencia de los dos hombres allí—. ¿Qué quieren?

Stanley señaló a Lester.

—Me temo que va a pasar un mal trago, general.

—¿Por qué?

—Este hombre quiere decirle algo.

—¿Este hombre? Dirá más bien este tipo. ¿Y qué quiere?

—Él se lo contará.

Lester produjo un desdeñoso chasquido con la lengua, mientras señalaba el vestido y las medias.

La chica había dejado de canturrear.

—Parece que vivimos muy bien, general.

—¿Y eso le importa?

—Hum… Las cuestiones de mujeres siempre me han llamado la atención.

—Pues es una mala costumbre, sobre todo si se refiere a mujeres de las que ya se ocupan los otros.

—De acuerdo… Dejaremos eso. Vengo a una cosa que no le gustará ni un pelo, Miller.

—¿A qué?

—A detenerle.

Creyó que aquello produciría el mismo efecto que una bomba estallando a los pies del general, pero con gran sorpresa del joven, aquél ni siquiera se alteró.

—¿A detenerme? No diga tonterías. ¿Cuáles son los motivos?

—Robo, corrupción de mujeres e intento de asesinato.

Los ojos de Miller volvieron a llamear.

—De modo que su cargo de agente especial se ha vuelto contra mí, ¿eh? Está con los sudistas…

—Yo sólo estoy con los que practican la justicia, Miller.

—Me gustaría saber qué opina Stanley.

—Su presencia aquí conmigo indica bien a las claras lo que opina. Stanley también ha venido a detenerle.

—¿De veras?

Lester hizo un gesto de fastidio. ¿Cuándo iba a convencerse aquel tipo?

Se volvió hacia Stanley, que estaba a su espalda, mientras decía:

—Coronel, explíquele lo que…

Y de pronto sus ojos se desencajaron.

Vio aquel revólver reglamentario que le apuntaba implacablemente al centro de la cabeza.

Vio los ojos de Stanley, unos ojos tan oscuros y sombríos como no creía haberlos visto jamás.

Stanley sonrió burlonamente, ante el asombro del agente. Y con voz no menos burlona masculló:

—¿Qué pensaba, Lester? ¿Qué le era posible a Miller hacer todo lo que ha hecho con la colaboración de alguien? ¿Creía que sólo se beneficiaba de las riquezas de esta tierra vencida? Yo también soy

listo y también quiero vivir como un príncipe. Igual que él. Por eso te he traído aquí. Por eso no vas a salir vivo, Lester…

Lester ni siquiera parpadeó.

Un frío odio, un rencor que le devoraba le estaban llenando por dentro. Pero nada de eso se traslucía en su rostro impasible.

—Te crees muy listo, Stanley, pero has cometido un error —masculló—. La carta que enviaste llegará a su destino.

—Te equivocas; no llegará nunca. Mi ayudante ya la ha debido lanzar al correo, pero el tren no sale sino dentro de media hora. Tengo tiempo más que suficiente para retirarla…, cuando te haya matado a ti. Y las pruebas que tiene el notario también desaparecerán. Tú mismo me has dicho en qué consistían.

Miller, a espaldas del joven, lanzó una carcajada macabra.

—Muy bien… ¡Llegaremos lejos, Stanley! ¡Dale, muchacho! ¡Vamos a balearle los dos a la vez!

Lester sentía que unas gotitas heladas habían asomado de pronto a sus sienes. Se daba cuenta de que no tenía salvación.

Y fue la desesperación lo que le movió. Fue la propia muerte la que pareció tensar todos sus músculos y dispararlos en aquel salto alucinante.

La bala de Stanley le rozó la sien. La de Miller ni siquiera llegó a brotar.

Porque Lester ya no estaba en el mismo sitio cuando el general fue a apretar el gatillo.

Stanley lanzó una maldición. Casi no podía creer lo que había visto. Fue a desviar el revólver.

Y aquellas lucecitas encarnadas, amarillentas, negras, empezaron a bailar en su cráneo. Aquellos impactos secos le hicieron bailar el baile más trágico que había bailado jamás. Cuando se encontró resbalando por la pared, en posición grotesca, cuando vio que el revólver ya no estaba en sus manos, supo que aquello era la muerte. Lanzó un grito gutural, agónico, un grito que él ni siquiera llegó a oír.

Miller, mientras tanto, había saltado hacia la ventana. Trató de lanzarse por ella. Sabía que nunca sería tan rápido como aquella especie de diablo.

Llegó a disparar.

Las balas picotearon inútilmente en la pared y descolgaron un

cuadro representando un paisaje, el cual fue a caer, de un modo tragicómico, sobre la cabeza del difunto Stanley.

Miller lanzó también aquel grito agónico mientras veía a su vez las luces rojas, amarillas, negras…

Quedó como petrificado en el alféizar de la ventana, y de pronto su cuerpo resbaló hacia el interior de la habitación. Todo su cuerpo estaba impregnado de sangre.

Lester terminó de vaciar su tambor sobre él, hasta que no le quedó una sola bala.

Luego hizo un gesto de desprecio y volvió la cabeza hacia la puerta del cuartito contiguo, que seguía abierta.

La dueña del vestido y de las medias estaba allí. Y ahora ya no cantaba.

Era una chica joven, apetitosa, como las que en vida le habían gustado a Miller. Y no hace falta decir que iba muy ligerita de ropa.

Lester masculló:

—Vas a servirme de testigo, muchacha, puesto que tú has oído todo lo ocurrido aquí. Ahora mismo iremos a ver al juez. Y nos aseguraremos de que un tren sale puntualmente hacia Washington.

La chica no protestó. Sólo dijo:

—¿Con esta ropa…?

—Más valdrá que te vistas.

—Estupendo… ¿Qué quieres que me ponga primero, cariño?

Lester masculló:

—Algo que refleje tu pureza y tu inocencia. Un ramo de flores blancas, nena…

Y volvió la espalda mientras ella, guiñándole un ojo, cogía una media silenciosamente.

La casa estaba igual, pero, sin embargo, le parecía muy distinta, completamente distinta. Se daba cuenta de que antes la había visto siempre como envuelta en las brumas de una pesadilla. Ahora no; ahora volvía a ser la casa llena de recuerdos, de promesas, la casa de sus antepasados, donde él nació y vivió.

La tarde parecía más dulce, más apacible.

¿Y qué era aquella música que sonaba entre las paredes entrañables? ¿Qué era aquella canción que le recordaba sus más hermosos días de niño? Era Unidos, siempre unidos…, la canción que él y su hermana improvisaron en un lejano tiempo.

Seguro que la estaba tocando Stella.

Lester atravesó el enorme *hall*, llegando al lugar donde estaba situado el piano.

Y sus ojos se dilataron de asombro. Porque lo que vio no podía creerlo. Porque aquello le pareció irreal.

La que cantaba aquella pieza, mientras sus dedos recorrían el teclado, era Fifi.

Ella se volvió. Otra vez florecía en sus labios una sonrisa. Y ahora esa sonrisa era más confiada y más ancha.

—He recordado otra canción —dijo—. La más importante de todas. La que yo cantaba cuando era niña.

La mano de Lester tembló, mientras se dirigía hacia sus cabellos.

—Pero entonces tú eres…, eres…

—Sí, ella es tu hermana —dijo aquella voz tranquila y suave, saliendo de su izquierda—. Miller la hizo prisionera aquí y la ultrajó de la manera más salvaje. Eso fue tan brutal, tan terrible para ella, que su cerebro no rigió bien desde entonces, aunque se recuperará al estar rodeada de cariño. Yo…, yo en cambio no soy tu hermana. Yo soy…

Lester se volvió a mirarla. Y dijo el nombre que le quemaba en los labios, el nombre que tantas veces pronunció durante su niñez y que creyó que nunca más volvería a pronunciar:

—Rosa…

—Sí, yo soy Rosa, con la que jugabas de niño. Y el que tú crees tu hermano Bob, es en realidad mi hermano Ted. El verdadero Bob convalece en un hospital de México y pronto regresará sano y salvo. Yo soy la muchacha por cuya causa tú te fuiste de esta casa. La que tu padre castigó con un latigazo…

Lester, que estaba a punto de lanzar gritos de entusiasmo, pero que en realidad se sentía petrificado, balbució:

—Pero entonces, las fotos…

—Los nordistas nos pudieron retratar con nuestras propias caras, desde luego, pero actuábamos con otro nombre. Con el de tus hermanos. Queríamos abatir a Miller, y sólo el nombre de Lester tenía prestigio aquí para que alguien se nos uniera. Comenzamos solos Ted y yo, y luego formamos un verdadero y temible grupo. Queríamos no sólo destruir a Miller, sino salvar esta casa…, porque era tuya. Y vengar a Stella.

—Stella ha sido vengada. Miller ha muerto como un perro —balbució Lester—. ¿Pero y la herida de Ted?

—Se la tuvo que hacer intencionadamente, y con las debidas precauciones, en el mismo lugar que la tiene Bob. Era una señal por la cual podían reconocerle. Yo en cambio creía que… Bueno, creía que adivinarías mi nombre en seguida… No puedo negarte que he tenido una decepción.

—Y yo todo lo contrario —musitó Lester—. Yo he tenido la mayor alegría de mi vida. Porque me volvía loco el pensamiento de que la única mujer de la que he estado enamorado fuera precisamente mi hermana.

—Pues no lo soy —dijo ella—. Y estoy solterita…

Lester sintió que se le secaba la boca.

—Te recibimos como a un enemigo porque creíamos que lo eras de verdad —murmuró Rosa—, pero me gustaría resarcirte…

Lester sintió que la sangre se le ponía a hervir a cien grados. Y por primera vez en mucho tiempo, esa emoción se leyó en su rostro.

—La casa es enorme y está llena de rincones —musitó—. Yo ya no la recuerdo bien. ¿Por qué no me la enseñas, muchacha…?

FIN